

PROBLEMAS DE LA LIBERACION
DE LA MUJER

Colección Documentos Contemporáneos

PROLOGO DE LOS EDITORES

Edición original:

Problems of Women's Liberation
Pathfinder Press, Inc. New York.

Traducción de

Daniel Zadunaisky

6 1 3

© by EDICIONES PLUMA
Buenos Aires, 1974
Impreso en la Argentina
Queda hecho el depósito
que marca la ley 11.723

Vivir en Buenos Aires en el otoño de 1974 y no saber qué es El Varón Domado es no pertenecer a la ciudad. La tapa de esta "obra" de la escritora germano-argentina Esther Vilar está en todas partes: en los kioscos de Nueva Pompeya y en las boutiques de Barrio Norte, en la Facultad de Filosofía y en los colectivos de la Panamericana que van a la populosa zona fabril del conurbano. La leen tanto hombres como mujeres. Suscita opiniones diversas. Unos se ríen. Otros la discuten. Muchos piensan que tiene razón.

¿Qué dice Esther Vilar? Dice que las mujeres son los seres más afortunados de la Tierra. Que haciéndose las estúpidas dominan a los varones, los someten a su poder y los hacen trabajar en su beneficio, mientras ellas se pasan el día "disfrutando" con las tareas domésticas o tomando sol en la playa. Afirma que por ello las mujeres se sienten muy felices. Y que los movimientos de liberación femenina, que sostienen que la mujer está oprimida y tiene que emanciparse, están destinados a fracasar rotundamente, por un lado, porque no existe ningún yugo de la mujer, por otro, porque las mujeres son las menos interesadas en cambiar nada.

Esta hipótesis se basa en las impresiones personales de la autora que, con toda desfachatez, confiesa que no le interesan en lo más mínimo las estadísticas, ni los datos científicos, sino lo que "ella ve". Para colmo ve mal. Por ejemplo, ve a la mayor parte de las mujeres tomando sol en la playa, cuando en realidad la mayor parte de las mujeres del mundo está incorporada a la producción

y trabaja a la par del varón, o va a la guerra a la par del varón como en Vietnam, o se muere de hambre golpeada por la desocupación, tanto o más que los varones. Además todo esto está muy mal escrito.

Llama la atención que un libro tan malo tenga tanta difusión. Sin embargo no es casual. La ceguera o la necedad de la Vilar le viene muy bien a toda la burguesía, en este momento en que las mujeres de todo el mundo se levantan por sus derechos. Y cuando esa lucha las lleva, cada vez más rápidamente, a cuestionar al sistema capitalista y combatirlo. Esta razón ha determinado que los medios de difusión de nuestro país le hayan dado poca o ninguna importancia a la baja calidad del libro y lo hayan convertido en "boom".

Si empezamos este prólogo hablando del libro de la Vilar es porque estamos seguros de que muchos de los que lean este trabajo de Evelyn Reed, habrán leído o estarán leyendo *El Varón Domado*. Y el trabajo de Evelyn Reed es un poco la respuesta a toda la colección de mentiras mal escritas que dice la Vilar.

Evelyn Reed es miembro del Socialist Workers Party y militó en las grandes campañas feministas de los Estados Unidos. Este trabajo es la transcripción de un discurso pronunciado en 1969 en la Universidad de Emory, EEUU; y de una conferencia en Missisipi, también en EEUU.

Ambos incluyen dos aspectos: uno de análisis histórico y otro de descripción y análisis de las características de la lucha feminista en los EEUU.

La parte histórica tiene como objetivo esclarecer acerca de cómo se llegó a la actual situación de la mujer de "segundo sexo" de la sociedad, y se documenta con aportes de la etnología y la antropología.

Mientras una Esther Vilar sostiene que todos los descubrimientos importantes en el orden político, científico y técnico, son patrimonio exclusivo del "sexo inteligente", los varones, encontraremos en el trabajo de Evelyn Reed que no fueron los varones sino las mujeres las que, en la época del comunismo primitivo, cuando compartían en forma igualitaria con los hombres todas las responsabilidades de la vida, produjeron dos descubrimientos que fueron la base de toda la civilización posterior: la agricultura y la ganadería.

Contra las opiniones reaccionarias como la de Esther Vilar, que

pretenden hacer creer que las mujeres se sienten felices con su sumisión, y hacen aparecer al hombre como la "víctima", el trabajo de Evelyn Reed demuestra con estadísticas y datos científicos cómo la mujer fue empujada a la sumisión por la sociedad de clases, y hoy la sociedad capitalista la mantiene doblemente explotada por el trabajo productivo y doméstico. Y cómo esa misma sociedad sume al conjunto de las relaciones humanas en una profunda deformación, tan perjudicial para el varón como para la mujer y sus hijos. Y cómo, en última instancia, la posibilidad de redención de todas las relaciones entre los hombres, y la liberación de las mujeres, dependen de la liquidación de la opresión capitalista y su reemplazo por una sociedad sin clases, sin oprimidos ni opresores.

En nuestro país, donde las luchas por la emancipación femenina se redujeron hasta ahora a pequeños círculos de activistas, el folleto de Evelyn Reed no va a convertirse en un "boom", máxime porque no cuenta con la campaña publicitaria que favoreció a *El Varón Domado*.

Sin embargo, su importancia puede aumentar a corto o mediano plazo. Desde que el gobierno peronista decidió "poblar" el país, prohibiendo el uso de métodos anticonceptivos, un creciente malestar ha hecho presa de grandes sectores de mujeres.

Esta medida represiva y antidemocrática es doblemente condenable. De una parte, porque atenta contra el elemental derecho de la mujer y de la pareja de decidir si quiere tener hijos o no y cuántos. De otra, porque sus consecuencias recaerán sobre las capas más explotadas de la población, hambreadas por los bajos salarios y castigadas por la falta de viviendas, guarderías, escuelas, etc.

En las fábricas y oficinas y en la calle, la prohibición de los anticonceptivos es tema de conversación de las mujeres argentinas de todos los niveles sociales. Los grupos feministas ya existentes palpan esa disconformidad y ya han comenzado una campaña de lucha contra el decreto gubernamental sobre la "píldora", con bastante éxito. Su actividad ha impactado a varias personalidades políticas, artísticas y científicas, que están dispuestas a comprometer su esfuerzo en la pelea.

Se inicia así la primera lucha femenina concreta, con objetivos precisos, en la Argentina, que tiene serias posibilidades de generalizarse.

El trabajo que presentamos describe en parte las características que asume la lucha de las mujeres en los EEUU. Muchas de esas características pueden llamarnos la atención. Por ejemplo, nos puede resultar difícil comprender que allá la propaganda de los cosméticos, las medias de colores y los concursos de belleza, sean motivo de grandes movilizaciones de miles de mujeres. Sin embargo, la publicidad de los grandes monopolios en los países imperialistas constituye un peso similar al de la represión directa en los semicoloniales y subdesarrollados como el nuestro. La propaganda y las "modas" impuestas por los grandes monopolios son el arma con que las grandes potencias instrumentan a la población y le imponen el "modo de vida" occidental o democrático, que no es otra cosa que la penetración de la Sociedad de Consumo en todos los órdenes de la vida: desde la manera de comer y vestirse, hasta cómo mantener relaciones sexuales, todo se compra y se vende y es objeto de inusitadas campañas de propaganda masiva.

No sabemos si las movilizaciones por la emancipación femenina en nuestro país van a tomar las consignas y a alcanzar la envergadura que tienen en las grandes metrópolis. De lo que estamos seguros es de que van a tener muchos rasgos en común. Otros serán diferentes; tanto como lo es nuestro país o cualquier otro país semicolonial de los EEUU y Francia. Esas diferencias determinarán que aquí la lucha de las mujeres tome caracteres particulares. Si se da, seguramente algún día estaremos en condiciones de agregarle capítulos al trabajo de Evelyn Reed, reflejando nuestra propia experiencia.

Por empezar, creemos que aquí y en los EEUU las consignas de las feministas se mezclaron muchas veces con la exigencia de paz en Vietnam y de no discriminación racial contra los negros. El movimiento de las mujeres dio muchos activistas y militantes a las organizaciones revolucionarias de los EEUU: el SWP y la YSA. En nuestro país, la lucha contra la política poblacional del gobierno se enlazará inevitablemente con la lucha contra la represión, las bandas fascistas, la burocracia sindical y el Pacto Social. También, como en los EEUU, esperamos que muchas mujeres se transformen de feministas en militantes revolucionarias.

PROLOGO DE LA AUTORA

Tras largos años de letargo y sometimiento al status quo, cada vez más mujeres norteamericanas despiertan y se unen a los negros rebeldes y a los estudiantes radicalizados para cuestionar al sistema capitalista. Esta vanguardia reclama que se acabe con nuestra situación de "segundo sexo".

La nueva camada de mujeres militantes somete a una crítica demoleadora a las instituciones y valores de la sociedad contemporánea. Cuestionan toda una gama de problemas, desde la discriminación laboral hasta las leyes reaccionarias promulgadas por la Iglesia y el Estado que prohíben el aborto.

Los grupos de liberación femenina debaten con seriedad los distintos problemas teóricos y prácticos que surgen al calor de esta lucha por la igualdad. Así como los afroamericanos tratan de descubrir por qué fueron esclavizados y cómo pueden llegar a liberarse, estas mujeres que recién despiertan quieren saber cómo y por qué fueron sometidas por la dominación masculina y qué pueden hacer al respecto.

Sin embargo, al tratar de explicarse el fenómeno, descubren con desencanto qué escasa es la información a su alcance. Hay muchos trabajos que, remontándose a los albores de la humanidad, siguen su desarrollo hasta el presente, pero sin distinguir el rol que jugaron ambos sexos. Pero ¿dónde encontrar un estudio fidedigno de la evolución de la mujer, que pueda echar luz sobre los interrogan-

tes que plantea su status social, que ha ido cambiando a través del tiempo?

La escasez de datos sobre un tema que preocupa tan profundamente a la mitad de la raza humana no debe sorprendernos. Hasta ahora, la historia ha sido escrita con el enfoque de las clases dominantes . . . y del sexo dominante.

Así, todavía está por realizarse el análisis completo de los aportes de las mujeres al trabajo social. Tales aportes han sido minimizados, subestimados y distorsionados de la misma manera y por las mismas razones que lo han sido los sufrimientos y triunfos de los trabajadores y las minorías oprimidas.

Todos los sectores aplastados, y también las mujeres, se ven obligados a escribir y volver a escribir su propia historia para sacarla de la oscuridad y desmentir las falsificaciones. Y deben realizar este trabajo al calor de la lucha por su emancipación y como instrumento de la misma.

Una historia completa de las mujeres debe comenzar necesariamente con los orígenes de la sociedad. El período más antiguo, el salvajismo, es —o debería ser— preocupación sobre todo de la antropología. Puesto que su objeto es la prehistoria, o la precivilización, la antropología tiene, como he tratado de indicar, un gran significado en relación al “problema femenino”. Sus descubrimientos, bien interpretados y comprendidos, pueden destruir muchos mitos y prejuicios prevalecientes entre las mujeres y ser de gran ayuda al movimiento de liberación.

Por ejemplo: las mujeres en la sociedad prehistórica eran económicamente independientes y sexualmente libres. No dependían, como ahora, de sus maridos, padres o patronos masculinos para sobrevivir y no tenían que humillarse y agradecer las migajas que se les arrojaba. En la sociedad comunitaria, las mujeres y los hombres trabajaban juntos, en beneficio de la comunidad, y compartían los frutos del trabajo sobre una base igualitaria. De acuerdo a esas costumbres ellas se trazaban su norma de conducta sexual. Las mujeres antiguas no eran “objetos” para ser protegidos, maltratados, manipulados y explotados por los hombres. Productoras y procreadoras, eran las dirigentes reconocidas de una sociedad matriarcal, honradas y respetadas por los hombres.

Sin embargo, cuando los pioneros de la antropología, en el siglo pasado revelaron tales hechos, sus descubrimientos sobre las prime-

ras formas de organización social ofendieron y alarmaron a los guardianes del status quo, y hoy sigue sucediendo lo mismo. Sus objeciones trabaron el desarrollo ulterior de la ciencia antropológica y, por eso mismo, demoraron e impidieron la elaboración de una historia completa y auténtica de la mujer.

Esta resistencia obstinada obedece a razones políticas. El descubrimiento de que las mujeres no siempre han sido el “segundo sexo”, no siempre se las ha pisoteado, sino que, por el contrario, alguna vez desplegaron una inmensa capacidad creativa, cultural y social, contenía implicancias peligrosamente “subversivas”. Significaba una amenaza tanto para la supremacía masculina como para la dominación capitalista. Porque, si es cierto que el sexo femenino jugó el papel protagónico en la construcción de esa sociedad comunal antigua, ¿por qué no podría jugar el mismo rol en la reconstrucción de las relaciones sociales en un plano histórico más elevado?

Una vez que las mujeres frustradas y rebeldes de hoy en día supieran qué hicieron sus predecesoras en el pasado y cuánta influencia ejercieron, no se contentarían con permanecer en su situación de inferioridad actual. Las adherentes de los movimientos de liberación femenina no sólo se sentirían estimuladas, sino que estarían mucho mejor preparadas para participar en las luchas por liquidar la sociedad capitalista que las mantiene aplastadas y por la construcción de una sociedad nueva y mejor, en la que todos los pueblos y ambos sexos serían libres.

Los escritos de los fundadores del socialismo científico, Marx y Engels, y los de sus discípulos, apuntan en esa dirección. Enseñan que la opresión y degradación que sufren las mujeres es parte de la explotación de las masas trabajadoras por los capitalistas. Por tanto, las mujeres podrán acceder al control total de sus vidas y reforjar sus destinos sólo como fuerza integrante de la revolución socialista mundial.

Esta es la perspectiva que orienta los escritos incluidos en este libro, la mayoría de los cuales ya se habían publicado con anterioridad. Constituyen una pequeña contribución a la tremenda tarea que aguarda a las mujeres de esta época revolucionaria. Mientras forjamos nuestra historia presente y futura, tendremos que reconstruir nuestra historia pasada, por más difícil que nos resulte. A

medida que se profundice el despertar actual, no tengo dudas de que más y más mujeres revisarán con espíritu crítico la larga marcha de la humanidad, harán nuevos descubrimientos y difundirán lo que ya se sabe sobre la historia de nuestro sexo.

Evelyn Reed

15 de junio de 1969

NOTA A LA QUINTA EDICION NORTEAMERICANA

Cuando decenas de miles de mujeres salieron a la calle en todo el país el 26 de agosto de 1970 para conmemorar el 50 aniversario del derecho al voto femenino, iniciamos una nueva etapa en nuestra lucha por la liberación. En un año ésta adquirió un carácter nacional y de masas.

Nadie que haya participado en la movilización en Manhattan, donde alrededor de 35.000 mujeres tomaron la Quinta Avenida y marcharon orgullosamente al mitin masivo en el Parque Bryant, podría poner en duda nuestro poder y unidad. Kate Millet expresó este sentimiento cuando, mirando la enorme asamblea, exclamó: "¡Vaya! ¡Somos todo un movimiento!"

A la manifestación y al mitin de Nueva York concurren mujeres de todas las edades y profesiones. Había contingentes de portorriqueñas, negras, obreras, estudiantes, y también de hombres simpatizantes de nuestro movimiento. Nos hemos convertido en una fuerza amplia y significativa, a la que ya no se puede ignorar, ridiculizar o subestimar. Es evidente e incuestionable nuestra decisión de cambiar radicalmente el lugar que ocupa la mujer en la sociedad norteamericana.

Nuestro programa de acción ampliamente aceptado se basa en las tres consignas principales de la Movilización de Mujeres por la Igualdad: 1) guarderías infantiles gratuitas que funcionen las 24 horas del día bajo el control de la comunidad; 2) aborto libre y gratuito; 3) igualdad de posibilidades en el trabajo y la educación.

Por tanto, no debe sorprendernos que, a la par de estas oleadas de descontento y protesta, las movilizaciones por la liberación femenina hayan comenzado a realizarse, reflejando sentimientos muy profundos que ahora despiertan.

A la vanguardia están las mujeres jóvenes, sobre todo las universitarias, que cuestionan las viejas normas y modelos que limitaban la vida de la mujer al marido, el hogar y la familia. Ellas sospechan que se las ha engañado al hacerles creer que las mujeres son el sexo segundo o inferior, que deben contentarse con ser poco más que fregonas del hogar o zánganas. Tienen razón al pensar que poseen, además de órganos sexuales y reproductivos, cerebro y talento, y que se les ha quitado la libertad de expresar su capacidad creadora en casi todas las esferas de la vida social.

Sin embargo, les cuesta articular su disconformidad y formular sus reivindicaciones por una vida más llena de contenido y una perspectiva más amplia que aquélla a la que se encuentran restringidas hoy. Esto no debe sorprendernos, vista la magnitud y alcances del problema. La "cuestión femenina" no afecta a un grupo minoritario; las mujeres constituyen la mitad de la especie humana. Más aun, el tema tiene que ver con problemas muy explosivos, tales como las relaciones sexuales, las ligazones familiares y otros asuntos personales íntimos.

Uno de los mayores escollos lo constituye la falta de información acerca del trasfondo histórico de la situación actual de la mujer y la familia. Esa falta de información mantiene a las mujeres sumidas en la ignorancia y el respeto servil hacia los mitos que sobre ellas se propagan. Las jóvenes rebeldes sienten instintivamente que de alguna manera, en alguna parte y en virtud de ciertas fuerzas invisibles, fueron sometidas a la servidumbre y empujadas a un status inferior. No saben cómo ocurrió. Lo que necesitan saber es: ¿cómo se llegó a esto? ¿Qué o quién es el responsable?

La mayoría de las mujeres no sabe que este problema no existía antes de que la sociedad se dividiera en clases y se les robara la posición elevada y la igualdad de que gozaban en la sociedad primitiva. Tienen el vago presentimiento de que la servidumbre actual de la mujer va mano a mano con la explotación del conjunto del pueblo trabajador y con la discriminación que se practica contra los negros y otras minorías. En consecuencia, no saben todavía que, una vez abolida la sociedad capitalista e

impuestas las relaciones socialistas, la mujer será emancipada por las mismas fuerzas que liberarán a todos los trabajadores y minorías raciales de la opresión y la alienación.

Por estas razones, mi disertación acerca de la "cuestión femenina" partirá de los albores de la humanidad. Esto nos lleva al campo de la antropología, que ha descubierto cosas muy importantes acerca de la evolución de la mujer, la familia y la humanidad. Primero veamos brevemente el desarrollo de la antropología para comprender por qué ha sido tan difícil acceder a algunos de esos datos, y por qué se los ha distorsionado y ocultado.

La antropología es una de las ramas más jóvenes de las ciencias sociales. Tiene poco más de cien años. Sus fundadores la consideraron la ciencia de los orígenes y la evolución de las sociedades. Con sus investigaciones esperaban trazar el desarrollo de la humanidad desde sus comienzos hasta la civilización, o período histórico. Por lo tanto, podemos definir a la antropología como el estudio de la "prehistoria".

Precisamente porque se trataba de una ciencia de la evolución, fue objeto de violentas controversias. Igual que la biología, que surgió más o menos en el mismo período del siglo XIX, esta ciencia sacudió las erróneas concepciones vigentes acerca del pasado de la humanidad y comenzó a develar los prejuicios acerca de las mujeres. Las fuerzas conservadoras la consideraron una ciencia potencialmente subversiva y obstaculizaron su desarrollo pleno y libre.

La primera batalla entre el dogma y el descubrimiento científico se libró precisamente en el campo de la arqueología. Según el Viejo Testamento, la humanidad tiene un origen divino, y su existencia es muy breve; data de menos de 5.000 años. Sin embargo, los huesos fósiles y las herramientas descubiertas por las excavaciones que realizaron los pioneros de la arqueología demuestran que el origen de la humanidad es mucho más remoto. Estos descubrimientos eran todo un desafío a los dogmas religiosos e ideas petrificadas que prevalecían en el siglo pasado, y al comienzo suscitaban burlas y desprecio. Esta resistencia cedió sólo después de muchas décadas por la acumulación de pruebas irrefutables. Hoy el mundo científico acepta que la vida humana comenzó hace un millón de años o más, y que hubo formas subhumanas o prehumanas que precedieron al *homo sapiens*.

La siguiente batalla contra el oscurantismo la libró la teoría darwinista de la evolución orgánica, que descubría el origen

animal del hombre. Este significaba un golpe mucho más serio al dogma místico-religioso que el remontar la historia de la humanidad más atrás en el tiempo. Terminaba con la creencia en la creación del hombre por un ser divino; demostraba que provenía de una rama de monos superiores. El escándalo suscitado por esta teoría antirreligiosa duró varias generaciones. En algunos estados* se prohibió por ley enseñar en las escuelas la teoría de la evolución. Arkansas** entró recién este año en el siglo XX, luego de muchas protestas, gracias a la lucha valiente de una maestra que obligó al Estado a permitir la enseñanza de la evolución en los colegios. La resistencia ya había cedido mucho antes en las regiones más civilizadas del mundo, y hoy se considera la teoría de Darwin la premisa básica para la investigación científica de los albores de la humanidad.

La solución de estos conflictos contra el dogma teológico no resolvió la lucha librada en torno a la joven ciencia de la antropología. La batalla más larga, que todavía continúa hoy, no se dio en el terreno de la religión sino en el social. Las conclusiones de la antropología demostraban que a la sociedad de clases había precedido una sociedad totalmente distinta. Y en algunos aspectos (sólo en algunos) era superior a la nuestra, ya que descansaba sobre una verdadera democracia y una total igualdad, incluso la igualdad sexual.

Los poderes capitalistas no toleran que la ciencia, ya se trate de la antropología o de la economía, diga toda la verdad acerca de nuestra sociedad, que explota y oprime a obreros y obreras. No sorprende, por tanto, que las nuevas escuelas de antropología aparecidas en el siglo XX rechazaran los métodos y descubrimientos de los pioneros y desviaran el rumbo de esta ciencia en una dirección totalmente opuesta.

En manos de los revisionistas, la antropología, pese a sus comienzos prometedores como ciencia de la evolución social, derivó en un mero catálogo descriptivo de una "variedad" de culturas. Puesto que muchas personas, incluso muchos estudiantes de antropología, no conocen el proceso, veamos qué ocurrió.

Las dos luminarias de la antropología del siglo XIX fueron Lewis Morgan en EE.UU. y Edward Tylor en Inglaterra. Tanto ellos

* EE.UU. (N. del T.)

** Estado atrasado del sur. (N. del T.)

como sus colegas tenían una perspectiva evolucionista, consideraban que la humanidad había atravesado una serie de etapas progresivas en su ascenso desde el mundo animal hasta llegar a la civilización. Eran esencialmente materialistas; es decir, partían de la consideración del trabajo para satisfacer las necesidades de la vida como causa de la evolución, y sobre esta base económica analizaban las instituciones, costumbres, ideas y creencias superestructurales de los pueblos primitivos.

El mejor exponente de este método evolucionista y materialista fue Lewis Morgan, quien lo utilizó para delimitar las tres etapas principales del progreso humano: del salvajismo, pasando por la barbarie, a la civilización. Hoy incluso podemos ubicarlas en el tiempo. La primera, el salvajismo, fue, de lejos, la más larga; abarca casi el 99% de la vida humana sobre la Tierra. La barbarie comenzó hace aproximadamente 8.000 años, con la aparición de la agricultura y la cría de ganado. La civilización comenzó hace apenas 5.000 años.

Es de notar que Marx y Engels, fundadores del socialismo científico, sufrieron la influencia e inspiración de la obra de Darwin y Morgan. Marx quedó tan impresionado con los descubrimientos de Darwin que quiso dedicarle su obra maestra, *El capital*. Más adelante, Engels tomó el interrogante que Darwin había planteado sin poder resolverlo: ¿cómo fue el proceso de transformación de nuestros progenitores, los monos superiores, en hombres? En su ensayo *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre* Engels explicó el problema de la siguiente manera: la actividad laboral sistemática convirtió al antropoide en humanoide. En este bosquejo, Engels presentó por primera vez lo que con propiedad se llama la "teoría del trabajo como origen de la sociedad". Y esto, como veremos, reviste gran importancia para la "cuestión femenina".

En lo que hace a la antropología, el sociólogo ruso Máximo Kovalevsky le presentó a Marx el libro *Ancient Society* de Morgan. Marx comenzó inmediatamente a tomar notas de la obra para sacar sus propias conclusiones acerca del período inicial de la evolución social. Engels las expuso, después de la muerte de Marx, en su famoso libro *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* aparecido en 1884. En la introducción a la primera edición, dice: *En América, Morgan, a su manera, había redescubierto la concepción marxista de la historia, que Marx elaborara 40 años antes.*

El libro de Engels ponía el énfasis en los contrastes agudos existentes entre la primitiva sociedad sin clases y la nuestra, y sacaba conclusiones sociológicas de los materiales clasificados por los antropólogos. Morgan, Tylor, Rivers y demás no buscaban una sociedad igualitaria, ni tenían la menor noción previa de que semejante sociedad había existido. Pero como eran investigadores escrupulosos que informaban honestamente y con precisión sobre los resultados de sus estudios descubrieron que las instituciones de clase fundamentales de nuestra sociedad no existían en la sociedad salvaje. Engels profundizó en su libro sobre estas cuestiones.

Primero, los medios de producción fueron propiedad de la comunidad, y cada miembro de ésta recibía lo necesario para su subsistencia en un plano de igualdad con los demás, lo que constituye una diferencia fundamental con nuestra sociedad. No existía una clase dominante rica que pisoteara y explotara en beneficio propio a una clase trabajadora. Por esa razón, Morgan y sus contemporáneos designaron a la sociedad primitiva "comunismo primitivo".

En segundo lugar, no existía un aparato estatal coercitivo; con sus contingentes armados y policiales, que sirvieran de brazo armado a la clase dominante adinerada a fin de mantener al pueblo trabajador en la sumisión. La sociedad tribal primitiva era autogobernada y democrática, una sociedad donde todos eran iguales, incluidas las mujeres.

En tercer lugar, nuestra sociedad de clases es patriarcal, la familia paterna constituye su célula; la sociedad primitiva era matriarcal, y la unidad era la gens o clan materno. Más aun, la supremacía masculina, apoyada en el mito de que las mujeres son un sexo inferior, existe sólo en nuestra sociedad patriarcal de clases. En el sistema matriarcal anterior basado en principios comunistas ninguno de los sexos dominaba al otro, de la misma manera que ninguna clase dominante adinerada oprimía a la masa trabajadora.

Por último, los pioneros de la antropología descubrieron que la unidad familiar, tal como la conocemos hoy, no existía. La sociedad tribal consistía en una red de clanes, cada uno de los cuales incluía hermanos y hermanas sociales. En ese sistema de parentesco, los individuos no se identificaban por sus ligazones familiares sino por el clan y la tribu a que pertenecían.

Así, gracias a su método histórico comparativo, los primeros antropólogos, sin quererlo, atrajeron la atención hacia las institu-

ciones claves de nuestra sociedad, al descubrir la ausencia total de las mismas en la sociedad primitiva. En el cuestionamiento de esas instituciones se inspira el libro de Engels *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Engels también señaló que cuando no existían estas instituciones de clase las mujeres ocupaban una posición muy encumbrada y gozaban de gran libertad e independencia, al contrario de lo que sucede en la sociedad de clases, en que la situación de la mujer es degradante.

El descubrimiento de estos contrastes agudos entre dos sistemas sociales, el primitivo igualitario y nuestro oprimente sistema capitalista, fue un golpe demoledor para algunos de los mitos más importantes sobre los que se apoya nuestra cultura. Sería difícil decidir qué molesta más a los poderes constituidos, que la sociedad primitiva haya sido colectivista, igualitaria y democrática, o que haya sido matriarcal y las mujeres hayan ocupado en la comunidad una posición influyente y respetada. Fue igualmente inquietante el encontrarse con que la familia paterna que, se nos dice, existió siempre, es en realidad un recién llegado a la historia cuyo origen coincide con la transición del orden social matriarcal al patriarcal.

Estos descubrimientos, y las conclusiones aun más radicales que los marxistas extrajeron de ellos, provocaron luchas prolongadas y duras entre las escuelas antropológicas enfrentadas. Las corrientes surgidas en el siglo XX repudiaron los métodos y descubrimientos de los fundadores, considerando a Morgan, Tylor y sus contemporáneos "anticuados" y "fuera de moda". Aunque se dividen en distintas tendencias "difusionistas", "funcionalistas" y "estructuralistas" las diferencias entre ellos son mínimas comparadas con su oposición común al enfoque histórico materialista de la antropología. Los que mejor expresan esas posiciones son los discípulos de Franz Boas en EE.UU., Radcliffe Brown en Inglaterra y Lévi-Strauss en Francia.

Estos "descriptivos" de toda laya rechazan toda concepción de conjunto del progreso histórico del hombre y se limitan a estudiar las culturas y costumbres de grupos aislados de pueblos primitivos, comparándolos entre sí o con la sociedad civilizada. Su objetivo principal es demostrar que siempre existió una variedad o diversidad de culturas. Esto es innegable. Pero esa observación elemental no excluye la necesidad científica más elevada de establecer las etapas del proceso social atravesadas por la humanidad en el curso

de una evolución larga y compleja. El profesor Leslie A. White, de la Universidad de Michigan, los caracteriza así:

Además de antimaterialistas son antiintelectuales o antifilosóficos (porque desprecian la elaboración teórica), y antievolucionistas. Su misión consiste en demostrar que la etnología no tiene leyes ni significado, que los fenómenos culturales constituyen una sinrazón pura, que la civilización es, según R. H. Lowie,¹ una "mezcolanza sin plan", una "mezcla caótica". (Filosofía para el futuro).

En realidad, esta "mezcla caótica" no es propia de la historia ni de la prehistoria sino de las mentes y métodos de estos antropólogos. Tomaron un proceso histórico único y lo convirtieron en una "mezcolanza sin plan" de datos descriptivos. Al hacerlo, eliminaron el primer y más prolongado período de la historia humana, el de la organización matriarcal de la sociedad. Sin embargo, es precisamente este período el que nos provee la información esencial para comprender los problemas relacionados con la mujer y la familia. Examinemos este aspecto de la prehistoria.

Una de las fábulas predilectas de nuestra sociedad es que las mujeres son inferiores por naturaleza, y lo son debido a sus funciones procreadoras. Según este cuento, la mujer se encuentra atada al hogar porque debe cuidar a su niño; por ende, el lugar para la mujer es el hogar. Como "casera" es, desde el punto de vista social, una "nadie", el "segundo sexo", mientras que los hombres, que participan en la vida política, económica e intelectual, conforman el sexo superior. Esta propaganda patriarcal utiliza la función maternal de la mujer para justificar la desigualdad entre los sexos y la posición degradante que ocupan las mujeres en nuestra sociedad.

El descubrimiento de la situación de las mujeres en la sociedad matriarcal primitiva cuestiona este mito capitalista. Las mujeres salvajes tenían hijos, y sin embargo eran libres, independientes y ocupaban el centro de la vida social y cultural. Se pone así el dedo en una llaga muy sensible, ya que se toca no sólo la "cuestión femenina", sino también la "sagrada familia". El contraste se agudiza aun más, por cuanto existían relaciones sexuales libres tanto para los hombres como para las mujeres, a diferencia de las rígidas

restricciones sexuales que se imponen a las mujeres en nuestra sociedad dominada por hombres.

Otra característica de la sociedad primitiva que a los reaccionarios empedernidos les resulta difícil de tragar es que los pueblos primitivos no conocían, ni les importaba, la paternidad individual de cualquier niño. Los niños no eran propiedad privada, ni se encontraban separados unos de otros por la riqueza, raza o posición social de la familia. Todos los adultos de la comunidad se consideraban padres sociales de todos los niños, y los cuidaban por igual. No había niños mimados por un lado y niños abandonados, desnutridos y enfermos por el otro, como en nuestro sistema. En la sociedad comunitaria, donde no existía la familia individual, saber quién era el padre, e incluso la madre, biológicos, carecía de importancia y significado.

Estos descubrimientos inquietantes eran difíciles de asimilar, y chocaron con una resistencia enconada. Las posiciones opuestas pueden resumirse en dos frases: 1) jamás había existido una sociedad matriarcal; las mujeres salvajes estaban tan degradadas como sus hermanas civilizadas. Lo más que podía decirse es que en la "variedad" de culturas, algunos grupos habían adoptado la curiosa costumbre de trazar la descendencia por vía materna, aunque no se explicaba el cómo y el por qué de esta rareza. 2) El núcleo familiar que conocemos hoy no fue un proceso tardío de la historia, como dicen los pioneros de la antropología y los marxistas. Existió siempre y la familia siempre fue patriarcal.

Ambas proposiciones, la inexistencia del matriarcado y la existencia sempiterna de la familia patriarcal, van de la mano. Constituyen los dos escollos principales para el avance teórico de la antropología y para obtener un panorama claro de la historia inicial de la mujer. Veamos, por tanto, algunos hechos que demuestran la existencia de la organización social matriarcal en los inicios de la humanidad.

El término matriarcado se comenzó a utilizar después que J.H.J. Bachofen publicara su ensayo *Das Mutterrecht* en 1861, donde señalaba la posición encumbrada que ocupaba la mujer en la sociedad antigua. Al tratar de descubrir las razones llegó a la conclusión de que éstas residían en el hecho de que existieran las relaciones sexuales libres y no se conocieran los padres de los niños. De allí el status dirigente de la mujer en el período que él llama de "derecho materno".

¹ Exponente principal de esta filosofía.

En esencia, esta tesis ponía el acento en la función procreadora de la mujer como fuente de su poder. Parece una paradoja: en nuestra sociedad la razón que se invoca principalmente para demostrar el status inferior de la mujer es precisamente su función procreadora. ¿Cómo pudo ser, entonces, que lo que hoy consideramos como la traba fundamental de la mujer, su función de madre, le valiera una posición tan encumbrada en la sociedad primitiva?

La respuesta la dio Robert Briffault en 1927, cuando publicó su estudio *The Mothers* [Las madres]. Demostró que la posición dirigente de la mujer en la sociedad primitiva no se debía solamente a su función de creadora de la nueva vida, sino que, como resultado de esa función, se transformó en la productora de los elementos con que se satisfacían las necesidades primordiales de la vida. En otras palabras, en cierto momento de la lucha por la supervivencia, para alimentar y cuidar a sus criaturas emprendió el camino de la actividad laboral, y esta nueva función la convirtió en fundadora y dirigente de la forma más primitiva de vida social.

Otros estudiosos como V. Gordon Childe, Sir James Frazer, Otis Tufton Mason, al igual que Briffault, han detallado la amplia gama de actividades productivas desempeñadas por la mujer primitiva y el papel crucial que jugó en la tarea de sacar a la humanidad de la elemental economía salvaje. Para resumir: en el período en que los hombres ocupaban todas sus horas en la caza y la guerra, las mujeres desarrollaron las herramientas, conocimientos y técnicas que constituyeron la base del progreso social. De la recolección de alimentos pasaron a la horticultura simple y luego a la agricultura. A partir de una gran variedad de artesanías (alfarería, trabajo en cuero, tejidos, construcción de viviendas, etc.) descubrieron los rudimentos de la botánica, la química, la medicina y otras ramas del conocimiento científico. Así, las mujeres fueron los primeros trabajadores industriales y agrícolas y también desarrollaron sus mentes e intelectos en su variado trabajo. Fueron también los primeros educadores, al traspasar sus conocimientos y herencia cultural a nuevas generaciones de productores.

Como señaló Engels, todas las sociedades descansan sobre los pilares gemelos de la producción y la procreación. Así fue como las mujeres —productoras de la nueva vida y además de los elementos para satisfacer las necesidades materiales de la vida— se convirtieron en dirigentes sociales y gobernantes de su comunidad. Pudieron cumplir este rol porque trabajaban juntas, como comunidad

colectiva de productoras, y no se hallaban dispersas cada una en su hogar, donde cada mujer individual está atada a las mismas tareas para sus hijos individuales. Pudieron hacerlo porque no había poder dominante que organizara sus tareas ni restringiera sus esfuerzos.

Esto explica por qué la sociedad más primitiva era matriarcal, por qué las mujeres estaban en el centro de la misma. Sus actividades productivas eran la fuente de su poder social. En nuestro país*, los indios americanos llamaban a sus mujeres “gobernantes femeninos” de los clanes y tribus y las tenían en altísimo concepto. Cuando llegaron los primeros colonizadores de las naciones patriarcales civilizadas de Europa, donde hacía tiempo que se había degradado a la mujer, vieron con asombro cómo los “salvajes” no tomaban decisiones colectivas importantes sin el acuerdo y consentimiento de las mujeres.

He aquí, pues, que la evidencia del pasado refuta el mito de la inferioridad de la mujer y de que el lugar de la mujer ha sido siempre el hogar. Cuando unimos la teoría de Briffault sobre el matriarcado a la teoría de Engels sobre el papel del trabajo en el origen de la sociedad encontramos que, lejos de ser “caseras”, las mujeres fueron las creadoras y custodios de la primera organización social humana.

Como demostró Engels, fue la actividad productiva lo que permitió a la humanidad salir del reino animal. Más concretamente, fue la mitad femenina de la humanidad la que inició y dirigió esas actividades productivas, y debe atribuírsele la mayor parte de este gran acto de creación y elevación del género humano. Este enfoque del rol de la mujer en la historia es bastante distinto al de la Eva bíblica que, en la era patriarcal más tardía, fue inculpada por la “caída del hombre”. En realidad, lo que ocurrió en esa gran encrucijada de la evolución social fue la caída de la mujer.

¿Cómo ocurrió este cambio tan drástico? Comenzó con grandes transformaciones en la estructura de la sociedad y con la caída del sistema comunitario original. En la medida en que las mujeres mantenían sus instituciones colectivas era imposible derrocarlas. Con el surgimiento de la propiedad privada, del matrimonio monogámico y la familia, las mujeres quedaron dispersas, convertida cada una en una esposa o madre solitaria en un hogar individual.

*E.E.UU. (N. del T.)

Mientras estuvieron juntas representaron una gran fuerza social; separadas, aisladas unas de otras y confinadas a la cocina y al cuarto infantil, quedaron impotentes. Sin embargo, este proceso histórico es oscurecido o negado por los que se aferran al mito de que la institución matrimonial y familiar ha existido siempre y es inmortal.

Edward Westermarck, considerado desde hace mucho la máxima autoridad sobre el matrimonio y la familia, remonta las raíces de esta institución al mundo animal. Su tesis es errónea porque no diferencia las necesidades naturales y las funciones que compartimos con los animales de las instituciones sociales, que son creaciones exclusivamente humanas. Así, aunque tenemos en común con los animales las funciones naturales de sexo y procreación, no existe en el mundo animal nada parecido a una institución como el matrimonio o la familia patriarcal; a lo sumo, se podría hablar de una familia materna, aunque en términos más precisos deberíamos llamarla "prole materna". En la naturaleza, es la madre la que alimenta y cuida a su prole hasta que adquiere suficiente edad como para cuidarse a sí misma. Entonces, esta "familia materna" se rompe y cada individuo se va por su lado.

Al pasar del mundo animal al humano antiguo, tampoco encontramos la familia, sino la gens matriarcal o clan. Se trata de un grupo de personas que viven y trabajan juntas como hermanos y hermanas de clan. En otras palabras, la sociedad antigua no era sólo un matriarcado, sino también una fratria —una "hermandad" de hombres. Para los niños, todas las mujeres adultas eran "madres" y todos los hombres adultos "hermanos de madres" o "tíos maternos". Así, en muchos lenguajes primitivos, la palabra "clan" también se traduce como "maternidad" o "fraternidad".

La sociedad de clan implica una ruptura notable con las condiciones de la vida animal. No existe tal fraternidad de machos en el mundo animal; por el contrario, el mundo natural está desgarrado por las tensiones y luchas de los animales que compiten unos contra otros por la comida y la pareja. En la sociedad tribal, en cambio, los integrantes del clan estaban unidos por vínculos solidarios y fraternales sobre la base de los principios colectivistas de la vida productiva y social.

El considerar a los hombres como hermanos de las madres constituye una de las pruebas más fehacientes de la prioridad del siste-

ma matriarcal. En todo el mundo primitivo donde la familia patriarcal no ha aparecido o se ha desarrollado escasamente, las funciones que en nuestra sociedad asumen los padres las cumplen los hermanos de las madres. El antropólogo E. Adamson Hoebel describe bien esta institución, que algunas veces se designa como "avunculado":

El núcleo básico del susu (maternidad) lo constituye la relación hermano-hermana. El marido no participa en lo más mínimo... Su papel, salvo en la procreación, lo desempeña el hermano de la madre... Sobre él recae también el peso principal de la educación de los niños. Sus sobrinos heredan casi todos sus bienes... En lugares donde el susu está muy institucionalizado, la figura del padre tal como la conocemos nosotros casi no aparece. (Man in the Primitive World.)

Estos hechos que señalan al clan madre-hermano como unidad económica original de la sociedad tribal refutan la tesis de que la familia patriarcal ha existido siempre. Dicha tesis se apoya en la dependencia económica de la mujer; sin marido ¿quién mantendría a una mujer y a sus hijos? En otras palabras, se nos hace creer que las mujeres siempre han sido criaturas indefensas, dependientes, y que sin un padre a la cabeza de cada unidad familiar la sociedad se vendría abajo.

Pero la historia humana más antigua demuestra lo contrario. La sociedad primitiva no sólo sobrevivió, también prosperó, y lo pudo lograr porque en ese sistema comunitario todas las mujeres cumplían colectivamente las funciones maternas y los hombres las paternas para con todos los niños de la comunidad. La subsistencia de una mujer no estaba determinada por su dependencia de un hombre; ningún niño dependía de un solo padre, ni siquiera de una sola madre, para vivir.

Con el transcurso del tiempo, aparecieron las primeras "parejas maritales" o "parejas-familias" y los maridos de las mujeres suplantaron a sus hermanos de clan al compartir con ellos la responsabilidad de la subsistencia. Sin embargo, mientras la comunidad mantuvo sus principios colectivistas, no había dependencia familiar ni desigualdades familiares. El conjunto de la sociedad mantenía a cada uno de sus miembros, y todos los adultos eran, socialmente hablando, "madres y padres" de todos los niños de la comunidad. Todavía las relaciones sociales se basaban en la fraternidad.

Cuando los conquistadores europeos llegaron a este país* buscando oro y se encontraron con los aborígenes, ninguno de los dos bandos podía entender los puntos de vista, costumbres y valores del otro; hablaban idiomas "sociales" distintos. Por ejemplo, cuando el Padre Le Jeune le preguntó a un indio iroqués cómo podía querer tanto a niños que él mismo admitía que eran ajenos, el indio lo miró con desprecio y contestó: "Tú no tienes sentimientos. Tú amas solamente a tus propios hijos; nosotros amamos a todos los niños de la tribu. . . Todos somos sus padres y madres".

Otro misionero jesuita, anonadado por el contraste entre la sociedad civilizada, codiciosa y enloquecida por el dinero y el espíritu de generosidad de los aborígenes entre los cuales se había establecido, escribió:

*Estos salvajes no tienen noción de tuyo y mío, ya que lo que es del uno es también del otro. . . Sólo los cristianos viven en las puertas de las ciudades y utilizan el dinero. Los demás no lo tocan. Lo llaman la "víbora francesa". Dicen que, entre nosotros la gente se roba, calumnia, traiciona y vende, por amor al dinero. . . Ven con extrañeza que algunos posean más bienes que otros, y que los que tienen más merezcan mayor consideración que los que tienen menos. Jamás riñen ni pelean entre ellos, ni se roban, ni hablan mal los unos de los otros. (Citado por Robert Briffault en *The Mothers*.)*

La desintegración de la sociedad comunal comenzó hace seis u ocho mil años, con la aparición de la agricultura y la ganadería a gran escala, que produjeron el excedente necesario para una economía más eficiente para que se implantaran nuevas formas de vida. La agricultura requiere grupos de personas establecidas en determinadas parcelas de tierra, que cultiven el suelo, críen ganado y participen de la industria aldeana. La comuna tribal comenzó a resquebrajarse: primero en clanes, luego en familias de campesinos a menudo llamadas "familias extendidas" y finalmente en la familia individual que designamos "núcleo familiar". En el curso de este proceso la familia patriarcal desplazó totalmente al clan como unidad social básica.

Es significativo que en el período agrícola antiguo estas familias paternas todavía funcionaban según los principios de igualdad y democracia heredados del pasado. Constituían, en tanto que fami-

* EE.UU. (N. del T.)

lias de agricultores, grandes grupos productores, cuyos miembros trabajaban juntos para procurarse el sustento ellos mismos y a los niños y ancianos. Además, todas las familias de la comunidad agrícola colaboraban en las tareas más arduas, tales como la preparación de la tierra, el sembrado, la cosecha, los proyectos de irrigación, etc. Los padres de las familias eran los padres de la aldea, que supervisaban estos trabajos y cuidaban del bienestar de toda la comunidad. En estas condiciones de vida familiar colectiva la mujer conservaba una posición relativamente alta en la vida productiva y social.

Sin embargo, en el Medio Oriente, el sector del mundo que se conoce como "cuna de la civilización", aparecieron nuevas formas sociales que socavaron y destruyeron las relaciones colectivistas e introdujeron un nuevo sistema basado en la propiedad privada, la familia y el Estado. La tajada del león de la riqueza cayó en manos de una minoría privilegiada que llegó a dominar y explotar a la gran mayoría del pueblo trabajador. Los antiguos padres de la aldea se transformaron en los sacerdotes-reyes, los nobles, los señores de la guerra con sus séquitos, que moraban en los templos y palacios y dominaban al conjunto de la población. El poder opresor del Estado, que se originó en los reinos agrícolas y maduró en Grecia y Roma, tuvo el objetivo de legalizar y perpetuar el dominio de los ricos sobre la clase trabajadora.

Este proceso significó la destrucción, tanto de la fratria, o "hermandad de los hombres", como del matriarcado. Los jurisconsultos romanos que codificaron las leyes de la propiedad privada también formularon el principio de la "patria potestad": todo el poder al padre. Briffault dice lo siguiente acerca de los orígenes de la organización patriarcal de la sociedad de clases:

El principio patriarcal, el proviso legal por el cual el hombre trasmite su propiedad a su hijo, fue, evidentemente, una innovación de los "patricios", es decir, de los partidarios del orden patriarcal, los ricos, los dueños de la propiedad. Desintegraron el primitivo "clan materno" formando familias patriarcales, a las que "sacaron" del clan. . . Los patricios establecieron la norma de la descendencia paterna y consideraron al padre, no a la madre, la base del parentesco. (The Mothers.)

Las consecuencias de los cambios en la base del parentesco no fueron tan graves como las acarreadas por las nuevas leyes de propiedad. Antes, toda la propiedad pertenecía a la comunidad y

pasaba del clan-madre al clan-hija para beneficio de los hermanos y hermanas del clan. Ahora la propiedad pertenecía al padre individual y pasaba del padre al hijo. El padre proporcionaba el sustento de los miembros femeninos de la familia hasta que se casaban; entonces pasaban a depender de los maridos. La dominación y el poder masculinos no tienen su origen en atributos biológicos, físicos o mentales superiores, sino en elementos socioeconómicos: el monopolio de la propiedad y su transmisión por vía paterna.

Fueron los cambios sociales drásticos, fruto de las instituciones patriarcales de la familia, la propiedad privada y el Estado, la causa de la caída histórica del sexo femenino. En la nueva sociedad los hombres se convirtieron en los principales productores, mientras que las mujeres quedaron relegadas a la servidumbre hogareña y familiar. Desposeídas de su ubicación en la sociedad, perdieron no sólo su independencia económica sino también su libertad sexual. El matrimonio monogámico vino a servir a las necesidades de los hombres propietarios.

Un hombre rico exigía una esposa que le diera herederos legales a quienes transmitir su nombre y su propiedad. Por esta razón se instituyó la monogamia. En realidad, era monogamia para la esposa, ya que sólo la mujer era castigada por su consorte o por la ley si quebrantaba su juramento matrimonial. Acosadas, sin salida, las mujeres se convirtieron en siervas del hogar cuya función principal en la vida era servir a los maridos, sus amos y señores. El término "familia" que aparece junto con el sistema de propiedad privada, significaba originalmente esclavitud doméstica. Como dice Engels:

Famulus significa esclavo doméstico y familia es el conjunto de esclavos pertenecientes a un hombre . . . Los romanos inventaron la palabra para designar a un nuevo organismo social, cuya cabeza tenía bajo su autoridad, mujer, hijos y esclavos y, según la ley romana, el derecho de vida o muerte sobre todos ellos. (Origen de la familia. . .)

Pocos saben que el matrimonio legal originalmente se instituyó nada más que para las clases propietarias. El pueblo trabajador, que ganaba su sustento con el trabajo agrícola, se unía como lo había hecho en el pasado, en la sociedad primitiva, cuando el matrimonio legal era innecesario e indeseable. Pero con el surgimiento de las ciudades y la Iglesia el matrimonio se extendió gradualmente a la población industrial para que los trabajadores se

vieran legalmente obligados a mantener esposas e hijos que no contaban con medios de subsistencia propios. Las consecuencias, según los sociólogos norteamericanos Reuter y Runnar, fueron las siguientes:

Cuando la mujer dejó de ser productora pasó a ser dependiente. Todo el mantenimiento de la familia y la esposa recayó sobre el hombre, y el matrimonio se convirtió, quizás por primera vez, en una carga económica seria. La ley y la religión corrieron en su ayuda y propagaron e impusieron una nueva idea: que el mantenimiento de las mujeres y niños era obligación y deber natural del hombre. (The family.)

En otras palabras, un nuevo mito vino a ocultar el hecho de que no sólo a la mujer sino también a los trabajadores se les roba y explota en la sociedad capitalista. Antes, el conjunto de la comunidad mantenía y protegía a todos los individuos, adultos y niños, desde la cuna a la tumba. Pero ahora se ha volcado esta tremenda responsabilidad sobre cada unidad familiar pequeña, que debe arreglárselas como pueda. Al contrario de lo que se pretende hacer creer, la institución matrimonial y la familia se han convertido en una cárcel económica en la que todo el peso del mantenimiento de una familia recae sobre uno de los padres, tal vez sobre ambos. Peor aun, nadie garantiza que el padre o la madre siempre tendrán trabajo o los ingresos suficientes como para cumplir con sus obligaciones.

En este breve estudio hemos analizado la importancia de la antropología como gufa para el estudio de la mujer y la familia; desenmascara muchos de los mitos más defendidos y echa luz sobre la verdad de los hechos.

Así, según el Viejo Testamento, se nos dice que el mundo comenzó hace alrededor de 5.000 años. En realidad, fue el mundo patriarcal el que comenzó alrededor de esa época, precedido por casi un millón de años de historia matriarcal. También se afirma que nuestra sociedad, basada sobre la propiedad privada, con sus discriminaciones, opresiones, egoísmo y codicia existió siempre, y que sus males los provoca la "naturaleza humana", que es inmutable. Pero la antropología nos enseña que en la sociedad primitiva la naturaleza humana era totalmente distinta, precisamente por tratarse de una sociedad colectivista.

Finalmente, se nos dice que las mujeres siempre han sido el sexo inferior a causa de su función procreadora. Se le echa a la

Madre Natura la culpa de la degradación de las madres de la raza humana. También sobre esto la antropología nos demuestra lo contrario; la responsable de la desigualdad sexual no es la naturaleza sino la sociedad de clases. Cuando se derrumbó la sociedad comunal sus gobernantes entraron, derrotadas y dispersas, a los hogares individuales y a la vida muerta de la cocina y el cuidado de los niños.

Todos estos conocimientos que nos brinda el estudio de la prehistoria no sólo ayudarán a las mujeres a interiorizarse de su dilema actual, sino que servirán de guía para la lucha por la emancipación femenina, hoy tan a la orden del día. Se escriben muchos artículos y muchas voces claman por la liberación femenina. Más significativo aún: las mujeres están saliendo de sus cubículos aislados para unirse en las calles en demostraciones de protesta contra la guerra y por reivindicaciones femeninas específicas. Este proceso está en su etapa inicial, pero es un anuncio de lo que se viene.

En esta fase nueva de la lucha es indispensable que las mujeres elaboren una teoría y un programa que correspondan a sus necesidades y objetivos. Esto todavía está por hacerse. Por ejemplo, el *New York Times* entrevistó el año pasado a mujeres del grupo llamado NOW.* National Organization for Women [Organización nacional de mujeres], encabezada por Betty Friedan, autora de *The Feminine Mystique*. El artículo del *Times* se titulaba "La segunda oleada feminista". La primera fue la del siglo pasado cuando actuaba el movimiento sufragista. En ese entonces las mujeres conquistaron una serie de reformas: derecho a la propiedad (que legalmente figurara a nombre de la mujer), al voto, etc. El artículo preguntaba: "¿Qué quieren estas mujeres?"

Los carteles que aparecían en las fotos reclamaban el derecho a mejores puestos y salarios; derecho al aborto; más puestos en las funciones de gobierno, etc. En general, el artículo resumía sus reivindicaciones en la frase: "igualdad total para las mujeres en Estados Unidos, considerándoselas compañeras de los hombres, AHORA". Pero no se mencionaban las fuerzas de clase que se oponen a esta igualdad, ni se señalaban los métodos que requiere la lucha para ganar estas reivindicaciones.

Otras tendencias, como el Movimiento de Liberación Femenina con asientos en Boston, buscan seriamente un programa fundamen-

* NOW: significa *ahora* en inglés. (N. del T.)

tal y una orientación correcta. Algunas como la organización SCUM* (Society for the Cutting Up of Men) [Sociedad para triturar al hombre] se basan en la idea de "odiar a los hombres" y nada más. Los pintorescos nombres y actitudes agresivas de grupos como WITCH** (Women's International Terrorist Conspiracy from Hell) [Conspiración internacional terrorista de mujeres del infierno] escandalizan un poco. Esto no es malo, puesto que indica que las mujeres se oponen concientemente a la supremacía masculina y al chovinismo machista y cuestionan abiertamente el mito de la superioridad masculina.

Nuevas ideas y avances en la acción provocan escándalos precisamente porque trastornan el status quo molestando a los que este status quo satisface. Sin embargo, el sensacionalismo no es suficiente. La acción consecuente que se propone como objetivo un gran cambio social exige una base teórica firme. Esta conferencia pretende ser un aporte en ese sentido.

* En inglés, escoria. (N. del T.)

** WITCH: En inglés, bruja. (N. del T.)

LA COSMETICA, LA MODA Y LA EXPLOTACION DE LA MUJER

Hoy se difunde el mito de que, puesto que todas las mujeres quieren ser hermosas, se interesan especialmente en la cosmética y la moda, supuestos complementos indispensables de la belleza. Para apuntalar este mito se dice que la moda-belleza ha existido en todas las épocas y en todas las clases. Los que dictan la moda pretenden demostrarlo señalando que ya en la sociedad primitiva las mujeres pintaban y decoraban sus cuerpos. Pero la historia de la cosmética y la moda los desmienten.

Veámoslo brevemente. En la sociedad primitiva, donde no existía la competencia sexual, no había necesidad de cosméticos ni modas como ayudas artificiales para la belleza. Tanto los hombres como las mujeres se pintaban y "decoraban" el cuerpo, pero no porque buscasen de este modo la belleza. Estas costumbres respondían a otras necesidades de la vida y el trabajo.

En esa época era necesario que los miembros de cada grupo parental se "marcaran". Las "marcas" también indicaban las categorías de sexo y edad. No sólo consistían en ornamentos, anillos, pulseras, polleras cortas, etc., sino también en tajos, incisiones, tatuajes y distintas clases de pintura corporal. Indicaban el sexo de cada individuo y los cambios en el trabajo que traía aparejado el paso a la adultez y la vejez. Más que "decoraciones", estas marcas pueden considerarse la forma primitiva de registrar la vida de cada individuo; cumplían el mismo rol que en nuestra sociedad cumplen

los álbumes familiares. Y puesto que la sociedad primitiva era de tipo comunista, estas marcas indicaban también la *igualdad social* reinante.

Luego la sociedad se dividió en clases. Las marcas que entre los primitivos significaban igualdad social se convirtieron en su opuesto. se convirtieron en modas y decoraciones que señalaban la *desigualdad social*, constituyen el reflejo de la división de la sociedad en ricos y pobres, dominantes y dominados. Los cosméticos y la moda pasaron a ser prerrogativas de la aristocracia.

Un buen ejemplo de lo que señalamos lo da la corte de Francia antes de la Revolución Francesa. Los reyes, príncipes y terratenientes, tanto los hombres como las mujeres, se vestían según el último grito de la moda. Eran petimetres con la cara pintada, que usaban pelucas empolvadas, rizos de seda, alhajas doradas y cosas por el estilo. Según las normas de la época ambos sexos eran "hermosos". Pero, más importante, los dos sexos de la clase dominante se distinguían por sus cosméticos y ropajes de los campesinos que sudaban trabajándoles sus tierras y que, de acuerdo a las mismas normas, no eran hermosos. La moda era la "marca" de la *distinción de clases*, y oponía los dos sexos de la clase privilegiada a los dos sexos de la clase trabajadora.

Más tarde, cuando las costumbres burguesas suplantaron a las feudales, razones históricas obligaron a los hombres a dejar el campo de la moda principalmente a las mujeres. Los grandes hombres de negocios señalaban su pertenencia a la clase privilegiada por medio de la vestimenta de sus esposas y de otras formas, y abandonaron los pantalones dorados y los rizos de seda. Sin embargo, entre las mujeres, la moda seguía marcando la diferencia entre Judy O'Grady y la esposa del coronel.*

El avance del capitalismo trajo aparejada una enorme expansión de la maquinaria productiva y, en consecuencia, la necesidad de un mercado masivo. Puesto que las mujeres constituyen la mitad de la población, los que querían sacar provecho de la belleza femenina comenzaron a explotarla. Y así la moda rompió los estrechos marcos de las clases ricas para imponerse eventualmente a toda la población femenina.

*Referencia a un poema de Rudyard Kipling, uno de cuyos versos dice: "La señora esposa del coronel y Judy O'Grady son hermanas bajo la piel" (N. del T.)

Con el objeto de satisfacer las necesidades de este sector de las altas finanzas se ocultaron las diferencias de clase tras la identidad sexual. Los publicistas pagados por ellos comenzaron con su propaganda: todas las mujeres quieren ser hermosas; por lo tanto, todas las mujeres tienen el mismo interés en la cosmética y la moda. La alta costura se identificó con la belleza y todas las mujeres quedaron atrapadas en la red de "necesidades" y "deseos" comunes de elementos que las ayudarían a ser bellas.

Hoy, cada rama de la industria de la belleza produce ganancias fabulosas. Así sucede con los cosméticos, ropa, peinados, salones de adelgazamiento, salones de belleza, alhajas verdaderas y falsas, etc. Se descubrió que la belleza es una fórmula muy flexible. Lo único que debe hacer el hombre de empresa que desea enriquecerse, es descubrir un nuevo artículo y convencer a las masas femeninas de que lo "necesitan" y "desean". Véase si no cualquier aviso de Revlon.

Para mantener y expandir este gran mercado, el aparato publicitario se encargó de difundir nuevos mitos:

1 — Desde tiempos inmemoriales, las mujeres han competido entre sí para llamar la atención sexual de los hombres. Esta es una ley casi biológica, de la cual es imposible escapar, y puesto que ha existido y existirá siempre, las mujeres deben aceptar su destino y competir entre sí en el mercado sexual capitalista.

2 — En la sociedad moderna la belleza natural de la mujer carece de importancia. En realidad, se insinúa, la naturaleza ha abandonado al sexo femenino en este sentido. Para compensar su fealdad y defectos naturales deben recurrir a los productos artificiales que los buenos comerciantes ponen a su disposición.

Examinemos esta propaganda.

Competencia sexual: ¿natural o social?

La biología y la antropología revelan que la competencia sexual entre las hembras no existe ni en la naturaleza ni en la sociedad primitiva. Es *exclusivamente* producto de la sociedad de clases y se la desconocía antes de que ésta existiera, es decir, durante casi un millón de años de evolución humana.

En el reino animal las hembras no compiten sexualmente entre sí para atraer a los machos. Solamente existe la competencia que impone la naturaleza al sexo masculino; los machos pelean entre sí para llegar hasta las hembras. De esta manera la naturaleza garantiza la preservación de cada especie. Pero, debido a sus efectos perjudiciales para la colaboración social, la competencia sexual masculina quedó erradicada al formarse y consolidarse la primera organización social, que era un sistema de "comunismo primitivo".

Esta ausencia de competencia sexual natural entre las hembras fue una de las razones que permitió a las mujeres dirigir la organización de ese sistema social original.

Ese régimen social carecía precisamente de relaciones competitivas perjudiciales. Ni siquiera los antropólogos conservadores ponen en duda que las mujeres primitivas no competían ni sentían celos sexuales, aunque lo consideran a menudo con sorpresa una "peculiaridad" salvaje o una costumbre curiosa.

El advenimiento de la sociedad de clases, basada en el espíritu adquisitivo o competitivo, produjo la degradación de la mujer y su dependencia del hombre. Paralelamente a la lucha competitiva entre los hombres por la propiedad y la riqueza surgió la lucha competitiva entre las mujeres por los hombres ricos y poderosos. Pero la competencia sexual, esta desgracia social de la mujer, nada tiene de natural. Es exclusivamente "artificial", es decir, creada y condicionada por la historia.

La competencia sexual entre mujeres es producto del "mercado" sexual o matrimonial. Este es parte integrante del mercado de mercancías, fundamental para la sociedad capitalista. Con la difusión del sexo como mercancía, los cánones de belleza femenina dejaron de lado lo natural; pasó a ser bello lo artificial o "de moda". Este proceso llega a su punto culminante en la sociedad contemporánea.

Cuando comenzó el intercambio comercial, se cambiaba mujeres por ganado y ganado por mujeres. La belleza y salud natural de las mujeres valían mucho, de la misma manera y por la misma razón que la salud del ganado. Ambas eran necesarias y deseables para la vida productiva y reproductiva de la comunidad; los especímenes más sanos y hermosos eran los más aptos para cumplir sus funciones.

Al consolidarse el patriarcado y la sociedad de clases, los hombres ricos acumulaban cierto tipo de mujeres como parte de su

propiedad. Se estableció la costumbre de embellecer estas esposas y concubinas con decoraciones y ornamentos, de la misma forma que se decoraban y ornamentaban los palacios; la expresión culminante de estas prácticas fueron los palacios y harenes asiáticos. El príncipe o Khan evidenciaba tanto más su posición social cuanto mayor cantidad acumulaba de propiedad sexual, de artículos de lujo. En esta etapa la competencia sexual entre mujeres quedaba oculta tras la competencia entre los hombres por la acumulación de esas propiedades. Las mujeres eran "enseres" o mercancías.

A medida que la monogamia fue desplazando a la poligamia y los intereses de propiedad se convirtieron en la base del matrimonio, las mujeres ricas aventajaron a las pobres en la competencia sexual. Una heredera rica, independientemente de su belleza y salud, era una esposa deseable para un hombre que acumulaba propiedad, y viceversa. Un hombre hubiera preferido, en caso de poder elegir, a la mujer más hermosa, pero eran prioritarios los intereses de propiedad. Estos casamientos y la correspondiente fusión de propiedades se arreglaban entre las familias de las parejas estrictamente como asuntos de negocios y poco tenían que ver con los deseos de los individuos implicados. Este tipo de matrimonio, concertado a través de negociaciones familiares o agentes matrimoniales, primó en el período agrícola, cuando la tierra constituía la propiedad fundamental.

Luego vino el capitalismo, el intercambio monetario y la "libre empresa". Libre empresa no sólo en el "libre trabajo" competitivo y en la competencia de negocios, sino también en la competencia sexual femenina. Es cierto que entre los ricos las uniones matrimoniales continuaron siendo fusiones de propiedades, y era casi imposible distinguir entre ambas. En efecto, con el surgimiento del capital monopolista, las dos fusiones estrecharon el círculo de la plutocracia dominante hasta llegar a las 60 familias de América.*

Pero en Norteamérica, esencialmente burguesa desde su nacimiento, aparecieron ciertas peculiaridades. En la Europa feudal las distinciones de clase venían desde la cuna; aquí, un hombre rico podía cruzar esas barreras. En el apogeo del capitalismo un obrero

*Referencia al libro *América's Sixty Families* (Las sesenta familias de América) de F. Lundberg. La aparición de este libro en la década del treinta causó gran revuelo en EE.UU., ya que fue la primera denuncia de la concentración de la gran riqueza en pocas manos. En 1968 se publicó una segunda edición corregida. (N. del T.)

o un pequeño burgués podían, por accidente o fortuna, enriquecerse y cambiar de clase.

Lo mismo sucedía con la mujer. Por accidente, o incluso por su belleza, una mujer podía casarse con un millonario y cambiar de clase. La ilustración más gráfica de la Cenicienta del capitalismo estadounidense es la historia de Bobo Rockefeller, hija de un minero, que se casó con uno de los hombres más ricos de EE.UU. y luego se divorció recibiendo una multimillonaria compensación por divorcio.

Estas peculiaridades de la vida americana prepararon el terreno sociológico para el mercado masivo de mercancías, del sexo y la competencia sexual entre hembras. Así como las historias de Horatio Alger se convirtieron en el manual masculino sobre cómo ascender del harapo a la mansión, las historias para mujeres les enseñaban cómo llegar a casarse con el hijo del jefe, o con el propio jefe. Bastaba con correr al Mercado de Belleza y comprar todas las mercancías que garantizaban la transformación de Cenicienta en una princesa.

El mundo de la cosmética y la moda se convirtió en una mina de oro casi inagotable para los capitalistas. Para seguir enriqueciéndose, los hombres de negocios sólo tenían que cambiar la moda con suficiente frecuencia e inventar nuevos artefactos de belleza. Así, pues, bajo el capitalismo, la venta de mujeres como mercancías fue desplazada por la venta de mercancías a las mujeres. Concomitantemente, se difundió el mito de que la belleza depende de la moda y de que todas las mujeres necesitan seguir la moda por igual, ya que todas tienen idéntica necesidad de ser bellas.

Mercaderes de hembras

Hay tres tipos de camarillas que lucran a costa de las masas de mujeres a las que obligan a derrochar su dinero en su búsqueda de belleza:

1) Los que obtienen sus ganancias manipulando a la carne femenina para hacerla corresponder a las normas vigentes de forma y tamaño.

2) Los que pintan y llenan de emulsiones esta carne manipulada utilizando para ello cosméticos, tinturas, lociones, perfumes, etc.

3) Los que decoran la carne manipulada y pintada, con la alta costura, joyas, etc.

En cuanto a los primeros, una mujer, para ser hermosa, debe tener cierto tamaño, no pesar un gramo más o menos de la norma establecida y responder a ciertas medidas arbitrarias de cadera, busto y altura. Si no conforma a esta norma mecánica, no es hermosa.

Esto causa sufrimientos enormes a las mujeres que difieren de este ideal tipo línea de montaje. Aplastadas y frustradas por los problemas reales que causa el capitalismo, cuyo origen no comprenden, las mujeres que trabajan tienden a ver en sus "fealdades" la fuente de sus problemas y caen víctimas de complejos de inferioridad. Y así acuden por millares, decenas de millares y millones a los manipuladores y decoradores de la carne femenina, volcando el dinero que tanto les ha costado ganar en las arcas de estos acaparadores.

Estas normas se mantienen y agrandan a través de las estrellas de Hollywood y los concursos de belleza. "Beldades" seleccionadas desfilan ante los ojos hipnotizados de la gran masa de mujeres. Para mostrarlas se utilizan todos los medios disponibles: cine, televisión, revistas comunes y de lujo. Pero la monótona uniformidad de estas "beldades" es algo anonadador; se les ha borrado hasta el último vestigio de *originalidad*, la clave de la verdadera belleza. Podrían ser otras tantas galletitas hechas con la misma masa en el mismo molde.

La categoría siguiente es la de los que venden los cosméticos, tinturas y emulsiones para esta carne regimentada. Sólo los obreros de las fábricas que elaboran estos productos saben que la materia prima barata que entra en el frasco de perfume que se vende a miles de pesos es la misma que entra en el frasco que se vende a unos pocos cientos. Sin embargo, para los ingenuos e inocentes, el frasco que vale miles debe contener algún producto mágico que no contiene el frasco barato. Los avisos lo dicen, de modo que debe ser cierto. Estas pobres mujeres estiran sus recursos financieros para conseguir el producto mágico, esperando que las transforme de empleadas en herederas.

Finalmente, los acaparadores de la moda plantean a la mujer un interrogante angustiante. Al comprar, ¿lo harán pensando en la durabilidad o en el capricho pasajero? Los ricos, que pueden darse ese lujo, han decretado un circo de modas para toda hora; para la

mañana, la tarde, el cóctel, el atardecer, la noche y la cama. Hay distintas modas para "cada ocasión" y las "ocasiones" son infinitas. Hay además toda una batería de "accesorios" para "hacer juego" con lo que se supone que tiene que hacer juego.

Y esta montaña que se impone sobre la mujer puede ser declarada obsoleta a la semana, al mes o al año siguiente, por un nuevo dictado de la moda. Un buen ejemplo de si las mujeres adquieren lo que necesitan o se ven obligadas a necesitar lo que pueden adquirir puede hallarse en un artículo publicado en el *New York Times*. Allí se dice que Christian Dior, famoso "couturier" para ricos, cuyos modelos se copian en versiones baratas para los pobres tenía el poder de acortar, o alargar, o ambas cosas, las polleras de cincuenta millones de mujeres estadounidenses del día a la noche!

Una diferencia de tres o cuatro centímetros en el ruedo puede significar el desastre para una mujer obligada a presentarse a trabajar vestida a la moda. Quizás a los ricos les divierta tirar toda su ropa por la ventana y comprar otra nueva, pero a los pobres les cuesta muchísimo.

Tras el planteo de que las mujeres tienen *derecho* a usar cosméticos, estar a la moda, etc., sin diferenciar claramente ese derecho de la *presión social* que las obliga a someterse a esta forma de explotación, se esconde la trampa de la propaganda y la práctica capitalistas. Las mujeres de vanguardia, las que están a la cabeza del movimiento en favor de cambios sociales, no pueden, ni ebrias ni dormidas, participar en la carrera de la moda; su tarea es denunciar a los canallas que lucran con tal explotación de la mujer.

Oposición, no adaptación

Se nos dice que mientras exista el capitalismo las mujeres tenemos que someternos a los dictados de la moda y la cosmética, a riesgo de quedar relegadas económica y socialmente si no lo hacemos. Es cierto que para conseguir trabajo en las oficinas, y también por otras razones debemos reconocer, al menos formalmente, la dura realidad.

Pero esto no significa aceptar complacientes y sin chistar estos costosos deberes. Los obreros en las fábricas a menudo se ven obligados a tolerar la aceleración de la producción, las caídas de salarios y los ataques a los sindicatos. Pero los activistas los acep-

tan bajo protesta y luchan contra ellos con movilizaciones que *contraponen* sus necesidades y deseos a los de sus explotadores.

La lucha de clases es de *oposición*, no de *adaptación*, y esto es válido tanto para los obreros de las fábricas como para las mujeres, trabajadoras y amas de casa por igual. Algunas han caído en la trampa de la adaptación, porque los problemas de la explotación sexual son más confusos. Esta situación debe cambiar. Expliquemos que las normas actuales de belleza no son algo permanente y que las mujeres trabajadoras pueden y deben opinar al respecto.

Por ejemplo, podemos señalar que el uso de cosméticos es relativamente moderno. En el siglo pasado, la mujer a la pesca de marido disminuía sus posibilidades si se aplicaba cosméticos; entonces el cosmético era el blasón de la prostituta, ningún hombre respetable se casaba con una "mujer pintada".

Con respecto a la ropa femenina, la incorporación de la mujer al trabajo en las oficinas y las fábricas durante la Primera Guerra Mundial provocó algunos cambios enormes. Desaparecieron los corsés, las dieciséis enaguas almidonadas, los grandes copetes y sombreros y se adoptaron vestimentas más acordes con sus necesidades laborales. La ropa "informal" tan atractiva que se usa hoy, que responde a los requerimientos de las trabajadoras, fue adoptada luego por las mujeres ricas para sus deportes y diversiones.

Ultimamente, el dril proletario y los overoles del obrero fabril se han elevado socialmente. Tal vez las mujeres ricas, envidiosas del atractivo sexual de las mujeres de overol y pulóver, decidieron adaptarlos a la vida de los suburbios y las quintas.

Al atacar la tanga de la moda, no hablo contra la ropa atractiva ni de resistirse a los cambios necesarios o deseables en el tipo de ropa que queremos usar. Nuevos tiempos, nuevas condiciones productivas y sociales producirán cambios de todo tipo. Lo que ataco es la carrera de la moda y la enorme cantidad de tiempo, atención y dinero que se le dedica. El tiempo es la más preciosa de las materias primas, porque tiempo es vida. Podemos hacer algo mejor con nuestra vida que disiparla en este frenesí costoso, vulgar y deprimente de mantenerse a la moda.

Bajo el socialismo, si una mujer se pinta o no el cuerpo no tendrá mayores consecuencias sociales que los disfraces que se ponen los niños en Carnaval y en otras ocasiones, ni el maquillaje de los actores para salir a escena ni el de los payasos de circo. Algunas mujeres se considerarán más hermosas si se pintan, otras no,

pero se tratará de una opinión personal y nada más. No habrá presiones económicas o sociales que las obliguen a cumplir con estas prácticas. Por lo tanto, no defendamos a los inescrupulosos que ensalzan esta explotación comercial de la mujer en nombre de la "belleza".

La maquinaria de propaganda masiva

En años recientes se presta cada vez mayor atención a la población femenina como compradora importante de bienes de consumo de todo tipo: casas y amoblamientos para las mismas, autos, heladeras, ropa, artículos de maternidad, etc. Muchos de estos productos son necesarios y útiles y, por lo tanto, no necesitan "venderse" a través de la gran propaganda que aumenta los costos. Pero bajo el sistema anárquico de la producción capitalista, cuya necesidad de aumentar la producción implica también un enorme despilfarro, los distintos fabricantes compiten entre sí para sacar una porción mayor de lucro del mercado. Así, la industria de la publicidad, parásito adjunto de las grandes empresas, se ha convertido en una rama más de las mismas.

Todos los medios masivos de difusión (radio, televisión y prensa) que influyen y moldean la opinión pública se construyen para las empresas de publicidad, y son mantenidos por éstas, apoyadas a su vez por los capitalistas. Todas estas ramas de la gran empresa no sólo estimulan la venta de mercancías; son también engranajes de la gran máquina de propaganda masiva que difunde la ideología y mentalidad necesarias para entender al sistema capitalista y sus poderes explotadores.

Las mujeres, que ya se sienten aplastadas por numerosas frustraciones y conflictos, son altamente susceptibles a la manipulación psicológica, que las conduce a la compra de objetos como solución para sus problemas. Además de la prensa en general, un número creciente de revistas se dirigen exclusivamente a la mujer, sobre todo en el campo de la belleza y la moda. Son publicaciones muy lindas, impresas en el mejor papel. Pero su contenido es muy astuto, porque no sólo venden belleza y otros artículos a diestra y siniestra sino también despiertan una motivación muy efectiva para la venta: las mujeres que compran más son las más felices y las que tienen más éxito.

En los avisos lujosos vemos fotos atractivas de mercancías lujosas junto a hermosas mujeres. El Gran Sueño Americano se vuelve realidad para las mujeres hermosas que pueden comprar autos aerodinámicos, televisores, etc., y hasta parecen lograr una vida sexual de ensueño y la familia ideal. Las que no compran estas cosas se preguntan qué será de ellas, *mujeres* desposeídas del Gran Sueño Americano; se culpan a sí mismas por no haber nacido ricas y hermosas.

Esta sensación de inferioridad se ve aumentada por las historias y artículos que llenan los espacios que quedan libres entre los avisos. Los escritores capaces de denunciar la causa de esta sensación de derrota que sufren las masas femeninas, el sistema capitalista, no pueden difundir sus opiniones en estas revistas caras. Las opiniones "científicas" que en ellas se venden están destinadas a apuntalar, no a socavar, la explotación capitalista de la mujer.

Los especialistas de toda laya, alquilados para escribir artículos para amas de casas ansiosas, les enseñan la necesidad de cuidar más a los niños, sentir más amor de madre, atender mejor a la familia, todo lo cual puede lograrse obviamente a través de compras abundantes y caras. O discuten los problemas de las mujeres que quieren hacer carrera, insinuando en forma insidiosa que el trabajo fuera de la casa hace peligrar la felicidad del hogar y la vida afectiva. Nuevamente, parece que el peligro se evita comprando.

Al oponer la mujer que trabaja al ama de casa-madre y viceversa, los dos tipos de mujeres quedan con una sensación de culpa, conflicto y frustración. Esto se magnifica en el caso de las mujeres que son a la vez amas de casa y trabajadoras; se ven continuamente acosadas por conflictos de intereses que no pueden resolver.

Pero esta angustia y sensación de derrota de las mujeres beneficia enormemente a los que lucran con ellas. Estos sentimientos tienden a hacer comprar a la mujer para superar sus ansiedades y su fracaso. Es muy frecuente que busquen recuperar su confianza en sí mismas corriendo a comprar la nueva moda o algún producto de belleza mágico encerrado en una botella.

En definitiva, el sistema capitalista oprime y degrada a la gran masa de mujeres. Luego explota su disconformidad y sus temores para añadir leña al fuego de las ventas y ganancias ilimitadas.

Por tanto, nuestra tarea consiste en denunciar al sistema capitalista como fuente de estos males y a su propaganda masiva que les dice a las mujeres ingenuas que el camino al éxito en la vida y el

amor pasa por la compra de objetos. Justificar o aceptar las normas capitalistas en cualquier terreno, de la política a la cosmética, es apuntalar y perpetuar este sistema de ganancias implacable y su opresión de la mujer.

COMO LAS MUJERES PERDIERON
EL CONTROL DE SU DESTINO
Y COMO PUEDEN RECUPERARLO



(Esta conferencia fue pronunciada en la Conferencia del Sur para la Liberación Femenina, Mount Beulah, Mississipi, 8-10 de mayo de 1970)

Los problemas del sexo, el matrimonio y la familia, que tan profundamente afectan el destino de la mujer, son de gran importancia para las mujeres del movimiento de liberación femenina. ¿Se trata de cuestiones privadas o de problemas generales? Esta pregunta puede sorprender a muchos que consideran que las relaciones íntimas son de su exclusivo interés personal y por lo tanto deben mantenerse en privado. Algunos hasta pueden sentirse mal al pensar que estos asuntos, que a menudo constituyen experiencias personales dolorosas, tensión o amargura, puedan concebirse como asuntos públicos. ¿Pero cuál es la situación real en las condiciones actuales de la sociedad capitalista?

En el libro *The Sociological Imagination* C. Wright Mills esclarece esta cuestión. Hablando de la distinción entre "problemas personales" y "asuntos públicos", dice: *Un problema es un asunto privado que incluye nada más que al individuo y su pequeño círculo o medio. Pero trasciende el entorno local del individuo y tiene que ver con toda la estructura social.* Da varios ejemplos ilustrativos.

Uno de ellos es el problema de la desocupación. Si en una ciudad de 100.000 habitantes, dice Mills, hay un solo hombre desocupado, "ése es su problema personal". Hasta es posible decir

que se debe a la falta de oficio del hombre, o de posibilidades inmediatas de obtener empleo. Pero si en una nación de 50 millones de trabajadores hay 15 millones de desocupados, el asunto ya adquiere otra dimensión. Representa, por lo menos, el colapso parcial de la estructura social, convirtiéndose así en un asunto público y forma parte de la vida política.

El segundo ejemplo que da, demuestra que la ley del salto de cantidad en cualidad rige también para las relaciones más íntimas entre hombres y mujeres:

Pensemos en el matrimonio. Dentro de la pareja, un hombre o una mujer pueden tener problemas personales, pero cuando la tasa de divorcios en los cuatro primeros años de casamiento es de 250 de cada 1.000, estas cifras reflejan un problema estructural que tiene que ver con las instituciones del matrimonio y la familia y con otras instituciones relacionadas con aquéllos.

En los diez años transcurridos desde que el sociólogo de la Universidad de Columbia escribió este libro, el número de divorcios ha venido en aumento en forma pareja. Hoy la tasa de divorcios es de uno de cada tres, y es mayor en el estado de California, donde uno de cada dos matrimonios culmina en divorcio. Estas cifras demuestran que los problemas de las relaciones más íntimas entre hombres y mujeres ya han dejado de ser asuntos puramente privados y representan una cuestión pública de proporciones masivas. Como concluye el propio Mills: *el problema del matrimonio satisfactorio no admite una solución puramente privada.*

Hay que considerar esta cuestión desde otro ángulo también. Puesto que el matrimonio está ligado a la familia al punto de formar ambos una sola institución, lo que le ocurre a uno afecta fatalmente al otro. Por tanto, la ruptura de matrimonios a gran escala significa un gran sacudón a la familia, lo que desmiente la propaganda milenaria de la Iglesia y el Estado de que la familia es una unidad estable, imposible de quebrar, que constituye la base de la sociedad, sin la cual la vida es imposible. En efecto, la corrosión de la familia ha despertado hondo interés en muchas mujeres del movimiento de liberación que han encarado investigaciones teóricas sobre su historia y el papel que cumple, lo que las ha llevado a cuestionar casi todo lo establecido sobre esta institución.

En consecuencia, el movimiento de liberación femenina parte de un nivel ideológico mucho más elevado y una perspectiva mucho

más amplia que su predecesor, el movimiento feminista del siglo pasado. En esa etapa casi todas las mujeres progresivas limitaban sus luchas a la exigencia de igualdad de derechos legales con el hombre en asuntos de propiedad y familia, igualdad de derechos civiles, derecho a voto, etc. Pero, salvo pocas excepciones, las primeras feministas no cuestionaron la institución del matrimonio y la familia burguesa ni el sistema capitalista de propiedad privada. A sus ojos el matrimonio seguía siendo un "santo sacramento" y la familia estaba aureolada con los atributos de la "sagrada familia", relación humana intocable, incuestionable e inmutable.

En la actualidad estas actitudes y valores de antaño sufren cambios profundos tanto en la práctica como en las nuevas normas morales que se establecen en todo el país. Los partidarios de la liberación femenina buscan respuestas más científicas y relevantes para reemplazar los prejuicios milenarios y la propaganda sobre los problemas del matrimonio y la familia, que se han convertido en asuntos públicos tan candentes.

¿Cómo comenzar el cuestionamiento? Pienso que es necesario, en primer lugar, refutar la teoría, que no por difundida es menos falsa, de que la familia es una unidad "natural" que siempre existió y debe perdurar hasta la eternidad, porque sus raíces están enclavadas en las necesidades biológicas fundamentales sexuales y procreativas de los seres humanos. Un macho y una hembra, dice la leyenda, sienten la necesidad natural del sexo, lo que da origen a sentimientos de atracción mutua, y se casan. La procreación se produce cuando la mujer da a luz. El hombre sale a trabajar para sustentar a los que dependen de él, mientras la mujer se queda en casa y cuida a la familia.

Esta presentación simplista del problema dice o insinúa que el matrimonio y la familia paterna constituyen el único camino para satisfacer las necesidades y funciones naturales. Incluso se dice que puesto que los animales, como los humanos, se juntan y procrean, las raíces del matrimonio y la familia se remontan al reino animal. De modo que estas relaciones constituyen una característica permanente e inmutable de la vida humana, y además, en tanto que relaciones que han resistido la prueba del tiempo, representan la forma mejor y más deseable de satisfacer las necesidades naturales.

Sin embargo, estas teorías no resisten un estudio más profundo. ¿Cómo lograron, entonces, tan amplia difusión? El eje del error está en la identificación de las necesidades naturales del sexo y

procreación que los humanos compartimos con los animales, con la institución social del matrimonio y la familia, privativa de la humanidad. Los fenómenos biológicos y sociales no son idénticos. Lo biológico es "natural", lo social es "artificial".

Puesto que sólo los seres humanos son capaces de imponer restricciones y controles a sus necesidades naturales, ellos son también los únicos que pueden crear una institución enraizada en esas necesidades, que las gobierne y controle. A la relación sexual la gobiernan las leyes matrimoniales, a la procreación las leyes familiares. Nada similar a estas leyes humanas se encuentra en el reino animal, donde la relación sexual se efectúa sin matrimonio y la procreación animal no redundando en la formación de una unidad familiar.

Aunque el matrimonio y la familia reflejan la fusión de las necesidades biológicas con factores sociales, son estos últimos los que determinan y definen sus características. Por ejemplo, bajo las leyes del matrimonio monogámico, el marido tiene derechos exclusivos sobre los servicios sexuales y domésticos de la mujer. Las leyes que rigen la familia obligan al hombre a mantener a su mujer y a su prole. En su carácter de proveedor principal, en este sistema de economía el hombre ocupa el lugar central en la familia, le da su nombre y determina sus condiciones de existencia de acuerdo a su ocupación, clase y status.

Por tanto, la familia, como las demás instituciones sociales, es un producto de la historia humana, no de la biología; la hizo el hombre, no la naturaleza. A la vez que incorpora las necesidades biológicas del sexo y la procreación, los factores legales, económicos y culturales la moldean, dominan, restringen y controlan.

En segundo lugar, no es cierto que esta institución haya existido siempre, siquiera como medio humano o social de controlar las necesidades biológicas. El matrimonio y la familia no existían en la sociedad matriarcal sin clases, que no se basaba en la unidad familiar sino en la unidad del clan materno. Lejos de ser primordial e inmortal, esta institución ha nacido hace poco en la historia de la humanidad, y sus bases ya están siendo sacudidas.

Por último, no es cierto que la institución matrimonial y familiar constituya el mejor de los métodos posibles para que los humanos satisfagan sus necesidades. Las estadísticas demuestran que nuestras relaciones sexuales y familiares institucionalizadas se derrumban a ojos vistas. Es absurdo, por lo tanto, sostener que la

naturaleza, la naturaleza humana, Dios o el gobierno crearon estas relaciones porque eran las más satisfactorias para todo momento. Su derrumbe actual demuestra exactamente lo contrario: esta institución ya no puede satisfacer las necesidades humanas. Por más necesaria que fuese hasta hoy, ya hoy sobrevive a su propia utilidad.

Pero las instituciones pueden cambiar. Todas las creaciones humanas de la historia, una vez agotada su utilidad, pueden ser alteradas, reconstruidas o reemplazadas totalmente por el hombre... y por la mujer. En efecto: desde que las mujeres, en tanto que "segundo sexo" resultan las más frustradas e irritadas por su confinamiento en esta institución arcaica, puede esperarse que ellas tomen la iniciativa e impulsen los cambios sociales e institucionales necesarios para liberarlas.

Es por eso que un número cada vez mayor de mujeres que se rebelan contra el status quo tratan de aclarar teóricamente las siguientes cuestiones:

1. ¿Qué tipo de sociedad requiere la institución del matrimonio y la familia, y con qué propósito?
2. ¿De qué manera esta institución impide la satisfacción de las necesidades humanas y degrada a las mujeres?
3. ¿Cuáles son las perspectivas, y qué debe hacerse para que las mujeres recuperen el control de su destino?

En cuanto a la primera, el tipo de sociedad que requiere el matrimonio y la familia y con qué motivo, muchas activistas del movimiento de liberación femenina ya conocen la respuesta, al menos parcialmente. Han leído la obra clásica de Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* que, aunque escrita hace casi un siglo, hoy circula y se difunde ampliamente, como consecuencia del deseo de las mujeres radicalizadas de instruirse lo más posible al respecto. Este libro les enseña que el matrimonio monogámico fue instituido por la sociedad patriarcal de clases para servir a los intereses de los hombres ricos respecto a la posición y transmisión de su propiedad privada.

En sus etapas más primitivas, como en la Grecia y Roma antiguas, cuando se consolidó esta institución, la base real del matrimonio monogámico se expresaba abiertamente. Los juristas romanos que formularon el principio de la "patria potestad" (todo el poder al padre) codificaron también las leyes de la propiedad que servían de base a las leyes del matrimonio. Estas han sido esencial-

mente las mismas en las tres etapas principales de la sociedad de clases: esclavismo, feudalismo y capitalismo.

Durante el esclavismo, gozaban del derecho al matrimonio únicamente los patricios, es decir, la clase rica y noble. Los esclavos no se casaban; su ayuntamiento dependía de la voluntad y caprichos del amo. Pero en esa etapa primitiva del desarrollo social los plebeyos no se casaban en el sentido formal del término; cohabitaban como pareja de acuerdo a las viejas costumbres y tradiciones.

Así, el matrimonio comenzó como una innovación introducida por las clases altas con el propósito de beneficiar exclusivamente a los dueños de las grandes riquezas. Briffault resume de la siguiente manera el papel decisivo de la propiedad privada en el surgimiento del matrimonio como institución de clase:

El casamiento patriarcal romano fue instituido por los patricios para servir exclusivamente a sus propósitos... Los patricios propietarios no reconocían las parejas de los desposeídos... como matrimonio. Los plebeyos "no conocían a sus propios padres", sus "casamientos" valían poco más que la promiscuidad de las bestias... Pero los patricios, además de despreciar los casamientos de los plebeyos, se negaron a permitirles el acceso al casamiento patriarcal. Este era un privilegio suyo, privilegio que consistía en tener un hijo cuya capacidad de heredar a su padre se reconocía legalmente. (The Mothers) [Subrayado por el autor.]

En otra parte leemos: *Cuando vemos que en Atenas, en el 300 A.C., de una población de 515.000 habitantes, sólo 9.000 tenían derecho a casarse, comprendemos que el matrimonio era, en esencia, una institución de clase. ("Sex and Social Struggle", por V.F. Calverton, en V.F. Calverton y S.D. Schmalhausen, Sex in Civilization).*

En sus comienzos, pues, la base material del matrimonio y la familia patriarcal, (la propiedad) se veía con mayor claridad que hoy. La ley del matrimonio monogámico garantizaba al hombre la posesión exclusiva de su mujer, la que le daba herederos legales a quienes transmitir, la propiedad, y él gozaba de autoridad absoluta tanto sobre su prole como sobre su esposa. Para demostrar la degradación abierta de la mujer de la época, Engels cita una obra de Eurípides, en la cual se designa a la mujer "oikurema", (término neutro que significa objeto para cuidar la casa), es decir, además de cuidar los niños, le servía al ateniense de mucama principal. (Origen de la familia...).

La base original del matrimonio se volvió menos evidente en la etapa siguiente de la sociedad de clases, el período feudal, cuando se la extendió a un sector de las clases inferiores. A los nobles y aristócratas les interesaban muy poco las prácticas del ayuntamiento de sus siervos; para ellos, el matrimonio legal seguía siendo prerrogativa de los ricos. Sin embargo, al oficializarse el cristianismo como religión, la Iglesia consideró necesario, por una serie de razones complejas, extender el matrimonio a los pobres. Bajo el derecho canónico, todos los cristianos debían aprovechar este privilegio nuevo, el santo sacramento del matrimonio. Así, aunque limitado a los cristianos, un sector del pueblo entró al redil de la institución matrimonial junto con los ricos. Pero el matrimonio formal, legal, no era universal.

El matrimonio universal, para todas las clases, comenzó a prevalecer en la civilización occidental con el surgimiento de las relaciones burguesas. Incluso en esa etapa llevó algún tiempo convertirlo en un mandato legal. Los pobres y los desposeídos atravesaron un período de matrimonio de "derecho común" antes de acceder al mismo tipo de ligazón matrimonial, sancionado por el Estado, que las clases altas. Hoy, con o sin casamiento por Iglesia, las parejas de todas las clases reciben los mismos certificados legalizados por el Estado que los casa oficial y legalmente.

En la etapa actual de la evolución del matrimonio y la familia, la base original se ve oscurecida por el hecho de que los pobres y desposeídos tienen tanta obligación de casarse legalmente como los ricos. El matrimonio se había vuelto obligatorio para todas las clases. No cumplir esta obligación redundaba en penalidades legales de distintos tipos. Una de ellas, no la más dura por cierto, tachaba a la madre soltera de "prostituta" y a sus hijos de ilegítimos. A la madre soltera y a sus hijos se los trataba como parias sociales, destino considerado peor aun que la muerte.

Se plantea el interrogante: ¿cómo y por qué una institución creada por la clase rica para servir sus intereses se extendió a las masas trabajadoras, que poseen poca o ninguna propiedad? ¿Cómo es que lo que se originó como institución de clases se convirtió en una institución de masas? La respuesta la da el método capitalista de explotación de clases.

El capitalismo creó la industria en gran escala y, junto con ella, las masas proletarias apretujadas en los pueblos y ciudades fabriles. Esto produjo un cambio en la situación económica de la mujer.

Mientras la agricultura y la artesanía hogareña predominaban como ramas de la producción, todos los integrantes de la familia, incluyendo a las mujeres y a los niños, ayudaban en el trabajo familiar y comunitario. El trabajo cooperativo en el marco familiar era lo característico de la vida en las chacras, pequeños talleres e industrias hogareñas.

Con el surgimiento del capitalismo industrial, estas familias productoras de la era preindustrial fueron desplazadas por las familias improproductivas y consumidoras de la ciudad. Cuando las masas perdieron sus chacras y pequeñas empresas y se reubicaron como obreros asalariados en las ciudades industriales, las mujeres perdieron el lugar que ocupaban como productoras y quedaron relegadas a la crianza de los niños y el cuidado de la casa. Se convirtieron en consumidores, totalmente dependientes del hombre que ganaba su sustento.

En estas circunstancias, alguien tenía que cargar de por vida con la responsabilidad de cuidar a la mujer e hijos dependientes. Esta se descargó, mediante el matrimonio universal, en los maridos y padres, aunque los asalariados no recibieran garantía alguna de que siempre tendrían trabajo o salarios lo suficientemente elevados como para cumplir con sus obligaciones familiares.

Para ocultar esta explotación económica se inventó un nuevo mito. Según la doctrina eclesiástica, los matrimonios se "hacían en el cielo" y contaban con la sanción divina. Entonces apareció la propaganda de la familia como unidad "natural", fuera de la cual los seres humanos no pueden satisfacer sus deseos normales de amar y tener hijos. De ahí que se convirtiera en obligación "natural" de los padres y/o las madres mantener a sus seres queridos, independientemente de que estuvieran desocupados, incapacitados o muertos.

He aquí, pues, la respuesta a nuestra primera pregunta, a qué tipo de sociedad responde la institución del matrimonio y la familia y con qué propósito se la impuso. La requiere la sociedad de clases para servir las necesidades de los ricos. Al principio la institución respondía a un único propósito, ligado a la tenencia y transmisión de la propiedad privada. Hoy, la familia se ha convertido en un arma suplementaria en manos de la clase explotadora para robar a las masas trabajadoras. El matrimonio universal, impuesto por el Estado, se convirtió en una ventaja para los acaparadores del sistema industrial de esclavitud asalariada. Relevó a los

capitalistas de toda responsabilidad sobre el bienestar de los trabajadores y echó pesados fardos económicos sobre los hombros de los pobres en la forma de obligaciones familiares. Cada pequeño núcleo familiar debe vivir o perecer por sus propios esfuerzos, con poca o ninguna ayuda exterior.

Una de las diferencias entre la explotación fabril y la familiar es que la primera es fácilmente reconocible como tal, la segunda no. No puede convencerse a los asalariados de que su dependencia económica del patrón es sagrada o natural; por el contrario, ellos se saben pisoteados, deslomados y explotados. Pero en el caso de la familia, se invoca a la Madre Natura y a la Divinidad para ocultar su base económica, declarándola "natural" y "sagrada". En verdad, lo único sagrado para la clase dominante capitalista es el todopoderoso dólar y el derecho a la propiedad privada. En estas condiciones, las necesidades humanas de amor, sexual o paternal, no se ven beneficiadas; las distorsiona esa institución que no se funda en el amor sino en consideraciones de tipo económico.

Esto nos lleva al segundo interrogante: ¿de qué manera esta institución degrada a la mujer y subvierte sus necesidades?

Es notable que una de las reivindicaciones principales del movimiento de liberación actual sea el control del propio cuerpo. En nuestros días, esta reivindicación se expresa en las consignas relativas a las funciones procreadoras y el derecho al aborto. Pero hay otros aspectos ligados al derecho a la autodeterminación de la mujer, como el derecho a desarrollar plenamente su capacidad intelectual y cultural y a mantener relaciones sexuales impulsadas por el amor. Todas estas necesidades humanas, sociales, sexuales e intelectuales se ven coartadas y mutiladas por la vida estrecha que nuestro sistema matrimonial y familiar impone a la mujer.

Podemos juzgar hasta qué punto llega esta privación si comparamos la vida social y las relaciones sexuales libres de las mujeres de la sociedad primitiva con las rígidas restricciones que se les impusieron en la sociedad de clases. En las comunidades primitivas, basadas en la producción de tipo colectivista, las mujeres eran las dirigentes de la economía y la cultura. Ocupaban un lugar privilegiado en la tribu; los hombres no bloqueaban ni su capacidad intelectual ni su libertad sexual.

En semejante sociedad, basada en la igualdad de derechos, incluida la igualdad sexual, no era necesario el matrimonio legal. En su lugar se daba la simple cohabitación de la pareja, o "familia",

como la llamaban Morgan y Engels. La mujer gozaba de la misma libertad que el hombre en los asuntos amorosos, y la pareja duraba mientras satisfacía los deseos de cada uno de sus integrantes. Las separaciones no afectaban al bienestar de mujeres y niños puesto que de él se encargaba la comunidad y no el sistema de "economía familiar".

En definitiva, la mujer no necesitaba casarse para mantenerse; era un miembro productor independiente dentro de la comunidad. Esto le otorgaba, al igual que al hombre, la libertad de obedecer a sus deseos personales en las relaciones sexuales. Podía optar por permanecer con un hombre por el resto de su vida, pero no tenía obligación legal, moral o económica alguna de hacerlo.

La sociedad de clases, el matrimonio monogámico y la propiedad privada destruyeron esta libertad. Privadas de su trabajo productivo en la comunidad y su independencia económica, las mujeres comenzaron a necesitar del matrimonio para su sustento. Fue entonces que el matrimonio se convirtió en la primera preocupación en la vida de una mujer. Las clases poseedoras lo consideraban y manejaban como cualquier otra transacción comercial. El padre de la mujer entregaba propiedades al hombre que se casaba con su hija, la "dote". Los atenienses *ofrecían una dote para inducir a los hombres a casarse con sus hijas, y la transacción del matrimonio griego se centraba en esa dote*, dice Briffault. Y agrega que la dote fue el eje de *la elaboración jurídica de la institución matrimonial*.

La mujer, como la dote, se convertía en propiedad del marido. Estaba obligada a colocar a disposición de él su cuerpo y su cerebro, su útero y sus servicios domésticos. En esta transacción matrimonial la mujer perdía el control de su cuerpo y también de su mente; era propiedad privada de su marido en "cuerpo y alma". Este tomaba todas las decisiones importantes y controlaba a la mujer y su prole.

Estas características que aparecen desde los comienzos en el matrimonio destacan en toda su crudeza la servidumbre económica inherente a esta institución y la resultante degradación de la mujer. Como señala Engels, en la antigua Grecia la mujer era un objeto perteneciente al hombre, enclaustrada y encerrada en el cuarto femenino de su casa para servirle por el resto de su vida.

En esta situación, en que lo más importante de la esposa era el útero, el cerebro carecía de valor. Tal como lo demuestra la histo-

ria de la sociedad de clases, las mentes y talentos de las esposas tenían escasas oportunidades de desarrollarse. Reducida a la monotonía de los quehaceres domésticos, el intelecto de la mujer se subdesarrollaba; el sexo femenino quedó detenido culturalmente. Las mujeres sufrieron como sexo lo que sufren los pueblos coloniales bajo la dominación imperialista.

Esto no fue lo único que perdió la mujer, junto con el control de su destino. Se vio privada, también, de una vida sexual satisfactoria. Engels lo señala; la monogamia fue, desde el comienzo, monogamia nada más que para la mujer. Bajo este código estricto ésta debía restringir sus relaciones sexuales a su marido. Pero mientras que las mujeres se veían privadas de la asociación con otros hombres y la infidelidad se castigaba duramente, los maridos gozaban de la libertad de unirse libremente con otras mujeres. A los ojos de los hombres, las mujeres quedaron divididas en tres categorías, de las cuales la menos deseable era la de las esposas. Las más atractivas eran las *hetairas*, mujeres que desdeñaban el matrimonio, algunas de las cuales se hicieron famosas por su talento artístico e intelectual; luego venían las concubinas, sexualmente accesibles también y, como último recurso, las esposas.

Así, aunque la esposa era legalmente la primera, era la última en gozar de la compañía intelectual o sexual de su marido. Demóstenes, el orador político griego, resumió la situación de la siguiente manera: *Tenemos hetairas para nuestro deleite, concubinas para nuestras necesidades diarias y esposas para concebir hijos legítimos y servirnos como mucamas fieles (The Mothers)*.

En esas circunstancias, las relaciones sexuales entre un hombre y su esposa, aburrida y atada a la casa, se reducían al mínimo. Al decir de Engels, el hombre sentía esas relaciones como un "peso", un "deber para cumplir y nada más". Visto este abandono de las esposas, no nos sorprende que "en Atenas, la ley obligaba no sólo al matrimonio, sino también al cumplimiento de un mínimo de los llamados deberes matrimoniales del hombre".

Es claro que el matrimonio no surgió para mejor satisfacción de las necesidades humanas de amor sexual y compañerismo, menos aun de las de la esposa. Se creó, sin duda, para servir a los intereses de los hombres dueños de la propiedad privada. Y mantuvo esas funciones en toda la etapa siguiente de la sociedad de clases, la Edad Media.

En el período feudal, lores y nobles concertaban entre sí tratos para el traspaso de tierras, en los que la dama iba junto con la tierra, como parte del trato. Estos matrimonios se concertaban muchas veces cuando la esposa era un bebé. Will Durant da un ejemplo:

Grace de Saleby, de cuatro años de edad, fue desposada por un gran noble que podía preservar sus ricas heredades; murió poco después y ella fue desposada a la edad de seis años por otro señor; a los once años la desposó el tercero . . . De esta manera los derechos de la propiedad privada primaban sobre los caprichos del amor, y el matrimonio era un incidente de las finanzas (The Age of Faith.)

Es cierto que hubo relaciones amorosas románticas en el período feudal, pero fuera de los lazos del matrimonio. Hasta las mujeres de los lores gozaban de amores ilícitos, y aunque se esperaba de ellas cierto disimulo y discreción, el secreto no era más que una formalidad hueca. En definitiva, no se esforzaban mucho por ocultar el hecho de que el matrimonio no tenía nada que ver con el amor, y en el código caballeresco se consideraba vulgar unir el amor al matrimonio.

La fusión del amor con el matrimonio vino con las relaciones "libres" capitalistas y el surgimiento de la clase proletaria asalariada. Esto no significa que la combinación tuviera gran éxito, porque el amor debía luchar contra tremendos factores adversos. Es cierto que entre los trabajadores que poseen poca o ninguna propiedad la atracción mutua y el amor forman la base del matrimonio. Pero no es cierto lo que dicen los cuentos de hadas, que después del matrimonio las parejas viven felices para siempre. Las estadísticas dicen que los matrimonios de los trabajadores se rompen con tanta facilidad como los de la clase media y los ricos.

Una vez más, pues, las relaciones sexuales y amorosas satisfactorias y duraderas no se ven beneficiadas por una institución basada en la explotación de los trabajadores a través del sistema de economía familiar. Eso es cierto sobre todo en el caso de las mujeres. Cuando una mujer tiene pocas opciones fuera de la de convertirse en ama de casa, el término "buen proveedor" se vuelve sinónimo de "marido". Hoy, cuando muchas mujeres casadas trabajan fuera de la casa, siguen cargando con los quehaceres y responsabilidades hogareñas básicas. Constituyen el sexo doblemente

oprimido, explotadas por el patrón en el trabajo y oprimidas en el hogar por la servidumbre familiar.

He aquí, pues, la respuesta al segundo interrogante, cómo y por qué esta institución frustra las necesidades humanas y degrada a la mujer. Creada por la clase dominante adinerada para servir a sus intereses, no fue en su origen, ni lo es hoy, un medio para satisfacer las necesidades humanas, sobre todo las de las mujeres y los trabajadores. Es un instrumento de explotación, engendrado por una sociedad explotadora.

Sin embargo, es precisamente la doble explotación que sufre la mujer en tanto que trabajadora y esposa lo que ha dado nueva vida y vigor al movimiento de liberación femenina de nuestro tiempo. Más precisamente, la transformación de grandes cantidades de mujeres en obreras les ha proporcionado medios e incentivos para cuestionar este sistema oprimente. Con el aflujo creciente de mujeres a la industria, las oficinas y las profesiones, algo nuevo pasó a formar parte de la vida de las mujeres del siglo veinte, que sus predecesoras del XIX no tenían: la independencia económica.

Por cierto que a las mujeres se les ha asignado trabajos inferiores y de menores salarios que a los hombres. De todas maneras, esta participación en la economía social era lo que necesitaban las mujeres para empezar a trepar hacia la liberación. Lograron una opción distinta de la sumersión total en la vida aislada del hogar y la familia. Pueden reunirse y trabajar con otras mujeres y también con hombres, y descubrir que tienen problemas y aspiraciones en común, tanto en el trabajo como en la vida familiar. El aflujo de mujeres al mercado laboral significó a la vez su éxodo de una vida de estancamiento social e intelectual.

La cantidad de mujeres que trabajan fuera del hogar, solteras, casadas y madres, aumenta desde la Primera Guerra Mundial. Trabajan el día, o medio día, o durante un lapso más o menos prolongado. Teniendo en cuenta estos datos, el 90 % de las mujeres americanas trabajarán en algún momento, según las estadísticas del Departamento de Trabajo.

La cifra aparece en el artículo de M. y J. Rountree intitulado "Más acerca de la economía política de la liberación femenina", *Monthly Review*, enero de 1970. La conclusión del artículo es que:

Mantener el nivel de vida de la familia, y en muchos casos evitar la pobreza, depende ahora no de uno sino de dos que ganen dinero. Este es un proceso irreversible. La participación de la mu-

jer en el trabajo asalariado ya no puede considerarse "transitoria". Ha pasado el momento en que la mujer podía retornar al hogar.

Estos hechos estimulan y dan forma a las reivindicaciones del movimiento femenino de liberación. Significa que pasó la época en que la mujer se sometía silenciosa e impotentemente a las desigualdades, discriminaciones e inferioridades que la sociedad capitalista le imponía debido a su sexo. La más activas pasan a la ofensiva tratando de recuperar el control de sus mentes y cuerpos, de sus vidas, que durante miles de años debieron entregar en aras de la propiedad privada. Y éste es también un proceso irreversible que continuará expandiéndose a nuevos sectores de mujeres.

Llegamos así a la última pregunta: ¿cuáles son las perspectivas de la institución familiar y qué deben hacer las mujeres para recuperar el control de su destino? Es significativo que casi todas las activistas del movimiento de liberación que reconocen que hay que reestructurar la familia saben también que esta tarea es parte integral de la reconstrucción de toda la sociedad. Al mismo tiempo, no esperan a la revolución social que las liberará definitivamente; por el contrario, militan por ese objetivo, presionando a los poderes constituidos. Ya se han logrado algunos cambios en relación al sexo, el matrimonio y la familia.

Veamos, por ejemplo, una de las reivindicaciones principales que hoy levantan las mujeres, el aborto. Un aspecto de esta lucha es que las mujeres dicen que hasta que se elabore una píldora totalmente efectiva u otro método de control de la natalidad al que todas las mujeres puedan acceder deben tener el derecho de terminar con embarazos no deseados. Ya se han obtenido éxitos legales resonantes en respuesta a esta reivindicación, y puede predecirse que se obtendrán otros. Pero esta lucha tiene otro aspecto más profundo. Las mujeres, en su lucha por obtener el control de sus funciones productivas, se cuestionan esta sociedad dominada por los hombres. Esta no es la única ofensiva encarada por las mujeres para recuperar el control de su propio cuerpo. El índice de separaciones matrimoniales, que va en aumento, indica que las mujeres han comenzado a controlar su vida sexual sin tener en cuenta las leyes matrimoniales. Durante años esta "revolución sexual", como se la suele llamar, ha transcurrido más o menos en secreto. El movimiento de liberación femenina la ha sacado a la superficie.

Las mujeres hoy desprecian y rechazan la hipócrita "norma unilateral" que le daba libertad sexual al hombre pero se la negaba a la mujer. Este "estallido" sexual ha invadido casi todos los sectores de nuestra sociedad. Las relaciones sexuales premaritales, extramaritales, y no maritales se han vuelto tan comunes, que, como dijo bien la crítica y comentarista Marya Mannes en un programa de televisión: "¡el matrimonio yace a nuestros pies, hecho un guiñapo".

Resulta impactante esta diferencia con la actitud y perspectivas de las mujeres más avanzadas del siglo XIX, que peleaban por los derechos civiles de nuestro sexo, pero mantenían una actitud conservadora en relación a la sexualidad femenina. Casi todas aceptaban la ética puritana que consideraba "lujuria" el amor extramatrimonial y lo estigmatizaban como algo inmoral y pecaminoso.

Hoy se invierten los papeles. Las activistas del movimiento de liberación femenina luchan no sólo por el control de sus cuerpos y sus mentes; se plantean nuevas normas de moralidad sexual. Rechazan el secreto, la vergüenza y la culpabilidad en que se le ha hecho vivir a la mujer sus necesidades sexuales para mantenerlas encadenadas a la institución matrimonial. Como dijo una mujer: "Las personas deberían estar ligadas por el amor, no por los aparatos legales".

Asimismo, las mujeres han lanzado la ofensiva contra la degradación social de su sexo por parte de la propaganda comercial destinada a vender bienes de consumo. Denuncian a los tramposos que explotan y menosprecian al sexo femenino para vender sus mercancías con todos los medios pornográficos a su alcance. Este es otro aspecto de la campaña femenina de denuncia de la moral hipócrita de la sociedad capitalista. También forma parte de esa campaña el rechazo a los hombres que quieren aprovechar la libertad sexual que buscan las mujeres para satisfacer su egoísmo masculino.

Y esto no es todo. La campaña de las mujeres por el establecimiento de nuevas normas sociales y sexuales se extiende al reino de la moral familiar. Durante años se les dijo, y muchas lo creían, que la expresión más alta del amor y la más satisfactoria de las relaciones humanas está en la unidad familiar. Muchas descubren que eso también es falso. El amor familiar ha sido dañado y mutilado por la "sociedad de consumo", la competencia implacable, las

distinciones de clase y raza y las múltiples alienaciones fruto de estas condiciones.

Las mujeres que bregan por una nueva moral familiar denuncian lo que hay de malo en esta institución. En nuestra sociedad comercializada, sobre todo en los hogares de clase media, el amor se mide por la cantidad de cosas que los padres compran a sus niños y todo lo que hacen para mimarlos y darles privilegios especiales. Esto convierte a los niños en propiedad privada de sus padres, y los coloca, como a cualquier otro tipo de propiedad, bajo su control. Se dice que: *El amor es una palabra que clama por su redefinición... es un arma de control. Es alguien que convierte a otro en un objeto para satisfacer sus necesidades egoístas y de seguridad. Cada uno se convierte en un mueble muy trabajado y costoso en la vida de los demás* (Carol Hanisch y Elizabeth Sutherland Martínez, *The Militant*, 26 de diciembre de 1969.)

Algo parecido dice Linda Gordon en esa excelente revista teórica que se publica en Baltimore: *Women: A Journal of Liberation*:

En efecto, la confusión entre amor paterno y propiedad paterna simplemente nos recuerda que el amor se ha convertido en una mercancía en nuestra sociedad capitalista. El amor no es propiedad. La propiedad de seres humanos es esclavitud.

El "núcleo familiar" estrecho, a menudo amargado, donde la pelea y la animosidad muchas veces prevalecen sobre la armonía, dista de ser el mejor tipo de relación humana o la más elevada. La "rivalidad" de los niños, que algunos quieren hacernos creer que constituye una cualidad genética, es el reflejo, dentro de la unidad familiar, de la competencia, temor, inseguridad y celos que prevalecen en la sociedad capitalista. Los mismos factores que alienan a los miembros de la familia, también separan una familia de la otra y les impiden reconocer a su enemigo común y actuar en su contra. Sin embargo, poner al descubierto todas las características reaccionarias de la unidad familiar, glorificada durante tanto tiempo como la mejor de las instituciones, y explicárselo a las masas de mujeres, es algo que llevará tiempo.

Las dificultades que encuentran las mujeres blancas en el movimiento de liberación se complican aún más en el caso de las mujeres negras y del Tercer Mundo. Francis Beal, coordinadora nacional del Comité de Liberación de la Mujer Negra del S.N.C.C. ha hecho un análisis excelente de lo que significa ser negro y mujer en esta sociedad, en un artículo publicado en la antología *The Black*

Woman, editada por Tony Cade. Y Maxime Williams, de la Young Socialist Alliance de Nueva York y de la Alianza de Mujeres Negras, hace un análisis de "La mujer negra y la lucha por la liberación" en *The Militant* del 3 de julio de 1970.

¿A qué conclusión llegan? Lo que subyace tras el resurgimiento del movimiento por la liberación es que las mujeres quieren recuperar el control de sus cuerpos y destinos. Para lograrlo, deben continuar la lucha por sus derechos como trabajadoras y por la igualdad con el hombre en cuanto a tareas y salarios. Por otra parte, como mujeres, están estudiando de cerca la institución del matrimonio y la familia que siempre se les ha presentado como natural y eterna. Empiezan a llegar a la conclusión inevitable de que una institución que sirve a los propósitos de la sociedad capitalista no puede servir a las necesidades de los trabajadores y las mujeres.

Más aun; las mujeres del movimiento de liberación apuntan más allá de la unidad familiar, al sistema capitalista, y cuestionan su misma existencia. Los sectores más avanzados aceptan las premisas básicas de Engels, que son premisas marxistas, sobre la naturaleza de la sociedad capitalista. A medida que crecen, las jóvenes rebeldes, lo mismo que los jóvenes, pueden entender que ése es sin duda el régimen más depravado e inmoral de la historia. Es una sociedad de guerras genocidas, opresión sexual y racial, trato brutal a los pobres e indefensos; una sociedad que contamina el alimento, el agua y el aire, que produce políticos corruptos. Es, en definitiva, un sistema donde todo se subordina y sacrifica en aras de la propiedad privada y el lucro.

Y esto repugna tanto a las mujeres que se rebelan, que la nueva etapa del movimiento de liberación tuvo desde sus comienzos características fuertemente anticapitalistas. Como dice el editorial de la publicación de Baltimore antes citada: "Las mujeres piden nada menos que la transformación total del mundo". Puede esperarse que esta corriente anticapitalista, prosocialista, crecerá con fuerza.

De lo que no están seguras la mayoría de estas mujeres, es del tipo de sociedad que reemplazará al capitalismo o de los medios y esfuerzos que requiere efectuar este reemplazo. Algunas han sido "rechazadas" por distintos grupos "de izquierda" que no son realmente marxistas y no comprenden al movimiento de liberación de la mujer. Justificadamente, desconfían de las burocracias de los

países postcapitalistas como la URSS, que no han implementado un programa de liberación femenina. Sin embargo, con el tiempo muchas descubrirán (algunas lo han hecho ya) que el programa y las tradiciones de Marx y Engels se perpetúan en la actualidad en la Young Socialist Alliance y en el Socialist Workers Party.

Mientras tanto, en un año escaso, el movimiento de liberación de la mujer ha dado pasos tan enormes, que la burla y el menosprecio que sufrían las mujeres que iniciaron la lucha está cediendo, y en algunas partes, ha desaparecido. Lo reemplaza un respeto creciente por este movimiento y la esperanza entre muchos hombres simpatizantes de que la lucha por la liberación femenina los liberará también a ellos.

Esto es lo que expresa Richard E. Farson, en el artículo "Rabia de las mujeres" que apareció —créase o no— en la revista *Look* del 16 de diciembre de 1960.

Esto puede tener un resultado magnífico, escribió, refiriéndose al papel "humanizante" que jugó la mujer en la historia. El efecto que ejercerá sobre el hombre puede ser muy saludable, en verdad, tal vez él se libere. Y concluye:

La revolución de las mujeres puede conducir a una verdadera revolución humana en la que no tendremos que conformarnos con tan poco, en la que no permitiremos que se nos explote y engañe, en la que no aceptaremos que se contamine nuestro ambiente ni se ponga en peligro a nuestros hijos, en la que ya no toleraremos la inutilidad y superficialidad de nuestras relaciones humanas, ni la guerra y la violencia como solución última de los conflictos humanos.

Esta "revolución humana" no significa otra cosa que la revolución socialista, que nosotros los marxistas nos hemos comprometido a desarrollar por todos los medios. Sabemos que el movimiento de liberación femenina no puede lograr semejante solución revolucionaria por sí solo. Las mujeres necesitan aliados en su lucha final por una sociedad nueva y mejor. Los encontraremos en los obreros militantes, los estudiantes rebeldes, los negros y otros sectores oprimidos.

Al mismo tiempo, a la vez que el movimiento de liberación adquiere un empuje más fuerte y penetra cada vez más hondo entre las mujeres trabajadoras, será un catalizador para poner en

movimiento al potencial anticapitalista de las fuerzas obreras. Entonces, por la combinación de todas estas experiencias, la vieja consigna marxista adquirirá un significado nuevo: "No tenemos nada que perder, sino nuestras cadenas; tenemos un mundo que ganar".

* Organizaciones revolucionarias de EEUU (N. del T.)

INDICE

Prólogo de los editores	7
Prólogo de la autora	11
Nota a la quinta edición norteamericana	15
La mujer y la familia	17
Los cosméticos, la moda y la explotación de la mujer	37
Cómo las mujeres perdieron el control de su destino y cómo pueden recuperarlo	49